

LOS BORBONES DE ESPAÑA

BREVE HISTORIA DE NUEVE MONARCAS DEGENERADOS

EL LOCO QUE FUNDO UNA DINASTIA

La dinastía borbónica empezó bien: inauguróse con un loco, lúcido al principio, plenamente idiota durante años, y se estrenó agotando a España—aunque mayor agotamiento pareciera imposible, después de los Austrias—y disminuyendo su territorio, amputando en sus posesiones exteriores.

Felipe V no es, sin embargo, un caso aislado. Los gérmenes de locura y de estupidez que nublaban su cerebro, vivían ya en las generaciones que en él existían latentes y que le habían de seguir. Y así, eslabón en la cadena de locos más o menos lúcidos, de seres atacados de idiotéz moral, de ninfomanía, de impotencia, de esterilidad o de escasa vitalidad—defectos todos que distinguía la raza—, no era más que un intermediario entre los antepasados que transmitían tan pesada herencia y los descendientes que sin remedio la recibían. Añádase a esto la acumulación y fijación de taras por nuevos casamientos consanguíneos, y se comprenderá el por qué podían ser tan tristes representantes de la especie humana los personajes que nos acabamos de quitar de encima.

La terrible guerra de la Sucesión que dejó a España reducida a escombros, se hizo para entronizar al más curioso individuo que el lector pueda imaginarse.

Tenía Felipe de Borbón diecisiete años cuando vino a España. Ya entonces, a pesar de su juventud, el curioso fundador de la dinastía poseía algunas características notables. Su gravedad era extrema, y se iniciaba aquella melancolía siniestra que alcanzaría el carácter de locura en él y en varios de sus descendientes. No hacía seis meses que estaba en España, y ya su confidente, el francés Lourville, decía que aquel rey "no reinaría". En efecto,

no pasó de ser un juguete en manos de sus mujeres.

En medio de las luchas fratricidas que los españoles sostenían, no desmintió su valor. Sólo en sus primeros años de juventud dió algunas muestras de él. Pero después de la batalla de Villaviciosa se eclipsa para siempre. En 1711, Vendome le apremia para que marche sobre Barcelona; pero no puede decidirle a ello, "a causa del embarazo de la reina". En 1719, va al Ejército; pero es la reina la que pasa las revistas, y el ama de cría es, mientras tanto, la compañera habitual de este curioso predecesor de Alfonso XIII, otro que también prefería ver las batallas... de lejos...

Su voluntad, que no existe, se halla reemplazada en este cerebro que una idiotéz creciente obscurece, por caprichos y testarudeces de mentecato. Si un ministro, por ejemplo, le presenta varios documentos a la firma y le pone primero algunos que son urgentes, se entretendrá en ponerlos en último lugar para fastidiarlo.

Así se explica que siempre lo haya dominado alguien: sucesivamente sufre el ascendente de Lourville, la princesa de los Ursinos, d'Orry, Alberoni, Ripperdá. De repente se cansa de ellos y caen los favoritos, ayer todopoderosos; así sucedió con Alberoni y con el aventurero holandés Ripperdá.

Tessé, embajador de Francia, dice de él: "es un rey indeciso, que no es capaz de tomar la resolución de decir: lo quiero".

Felipe—otro exceso borbónico—era muy sensual. Este fundador de la dinastía era demasiado devoto para tener amantes. Sentía, en cambio, por sus esposas un amor bestial. A los diez y ocho años cae en la más sombría melancolía, porque la reina, María Luisa de Saboya, era todavía una niña. La necesidad sexual era en él tan imperiosa que aunque ésta su primera mujer se iba muriendo de escrófulas, él no le dió tregua y continuó acostándose con ella

hasta su último suspiro. Fue difícilísimo hacer que abandonara el lecho de su mujer agonizante.

Tenía treinta y nueve años cuando el embajador francés Saint Simon vino a hallarle ya en un estado de imbecilidad completo. No abandonaba casi nunca el lecho, y no hacía jamás del cuerpo, si no era en compañía de su mujer: colocábanse entonces las dos regias sillas con cierto orificio en medio, al lado de la cama... Si en alguna rara ocasión pretendía resistir a la voluntad de su mujer, que le imponía sus deseos, ésta conseguía fácilmente triunfar de la resistencia cortando las relaciones sexuales. Felipe caía entonces en una locura sombría.

La locura sexual de este Borbón es cosa bien conocida, y Michelet ha podido decir: "El sexo todo lo anulaba en él. Fué el marido más asiduo, más "marido" que jamás se ha visto. Su primera mujer, enferma de muerte, perdida de humores fríos, disuelta y cubierta de llagas, no pudo ni un solo día hacer cama aparte."

Eso sí: la imbecilidad moral típica de los Borbones, que los hace casi totalmente insensibles a las tristezas y los dolores de la vida, era una característica de Felipe. Cuando murió María Luisa, a la que parecía querer tan locamente, se fué de caza, y dice Saint Simon que de lejos vió pasar, indiferente, el cortejo, continuando impertérrito su cacería...

De su segunda mujer, Isabel Farnesio—la última de su casta decadente—, no se separaba un instante. Ya hemos visto que todos los actos de la vida—hasta los fisiológicos—los hacían juntos.

"Felipe V—dice Cabanés—pasaba dos veces al día de los brazos de su mujer a los pies de su confesor; no era más que un trapo humano. Bajo la influencia de los excesos que se adivinan, su razón se debilitó..."

El 4 de octubre de 1717, según comunicaba al duque de

Parma el todopoderoso favorito Alberoni, le dió un ataque tan negro de melancolía, que todos creyeron que se moría.

Le entró la manía de que el sol le había estropeado una parte de la cabeza y que se iba a morir, y no valían instancias ni amenazas de médico y de confesor.

Tenía también la enfermedad de la caza. Toda la familia ha sufrido la misma monomanía—desde este brillante inicio de dinastía hasta el punto final que acabamos de perder de vista. "Como no quería interrumpir sus cacerías—dice Cabanés—le subían a una carroza o le colocaban en un caballo, puesto que era incapaz de subir sin ayuda."

En estas condiciones, el pobre diablo coronado fué de mal en peor.

No salía ya casi de la alcoba, donde estaba en permanencia la reina, y adonde acudía el capellán. Su turbio espíritu flotaba entre el lecho y la confesión. El cardenal Alberoni escribía que "Felipe V no tenía más que instinto animal, con el que había pervertido a la reina (!!)...; sólo sentía la necesidad de un reclinatorio y de los muslos de una mujer..."

¡Así, como suena! Tal era el lenguaje del digno cardenal. Y a ello añadía que el pobre Felipe, agotado y cargado de escrófulas, saltaba de su cama un momento para arrodillarse contrito y lloroso ante los personajes de la tapicería, implorando de ellos la absolución por el pecado de lujuria que había cometido...

Este pobre mentecato abdicó el 10 de enero de 1724.

Veremos lo que fué el breve reinado de su hijo y sucesor, y cómo volvió todavía algunos años el brillante Felipe a reinar sobre los españoles para mayor felicidad de éstos.

Gonzalo de REPARAZ (hijo).

Tejidos y Confecciones
LIQUIDACION MONSTRUO
Almacenes "La Casa Blanca"
Pl. Libertad, 1 - St. Eugenia, 16

CASA GERST
5, Rda. Universidad, 5

POR QUE ME ENCARCELARON

JULIO ALVAREZ DEL VAYO

Los escabrosos incidentes habidos en el banquete al Dr. Tapia.-

La carta de Unamuno con el consiguiente recuerdo para Martí-

nez Anido.-Una detención con trucos cinematográficos.-El sin-

dicalista Vidiellas.-La audacia de don Ramón del Valle Inclán

Es difícil hallar al ilustre director - corresponsal de "La Nación", de Buenos Aires. Detrás de él hemos vagado más de un mes y por fin la captura tuvo lugar en el banquete homenaje al cultísimo literato Boris Bureba.

—Me parece bien; sí, señor —empieza diciéndonos—. Es un tema acertadísimo, pero yo no tengo cosas de interés. ¡Sí, mucha indignación! Además, comprenda usted, que el callar es el mejor desprecio.

—De todas maneras, don Julio, una impresión de usted, siempre tienen un valor.

—¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias! Pero qué quiere que le cuente?

—Sus diferencias con la dictadura.

—¡Bueno!; pero no pretenderá que hablemos ahora; tampoco veo qué fecha será la más apropiada. Mire usted—rectifica benévola—sientese y hablemos.

—Sólo por habérmelo pedido un compañero periodista, le voy a contar cómo y por qué fui detenido durante la dictadura. En sí mismo, el incidente no merecía ser sacado por segunda vez a la luz pública, como no fuese por lo que tenga de indicio acusatorio contra la estupidez de todo un régimen. Mi detención apenas cabe relacionarla con la política, excusada la parte que acaso jugasen mis arraigadas convicciones de siempre. Pensando luego en ello dudé si habría querido castigármese por adversario de la dictadura, o simplemente por el deseo de quitar de enmedio a un corresponsal extranjero que procuraba informar a los diarios que representaba con un criterio de independencia y veracidad.

Se me detuvo como consecuencia de unas pocas palabras pronunciadas en el banquete homenaje al eminente doctor Tapia. Era natural que, tratándose de él, resonase allí la voz agradecida, no sólo de sus

compañeros de profesión, sino de cuantos encontraban en aquella hora de nacional indecoro una cierta compensación en la existencia sobre el solar hispánico de hombres de la contextura mental y moral del doctor Tapia. Era, si se quiere, en cierto aspecto, además de un tributo merecidísimo al hombre de ciencia, un homenaje a la inteligencia perseguida. Dos días antes de haber estado libre habría estado allí y hubiera sido—así se había convenido—quien exteriorizase la identificación de los que sin ser médicos asistían al acto.

El capricho de unos amigos quiso que lo reemplazara yo. Y era evidente que mis primeras palabras tenía que dedicarlas a él, y por su situación análoga a nuestro gran Unamuno.

Lo juzgué un deber de solidaridad espiritual, tan en su lugar, que jamás sospeché pudiese suscitar la menor protesta. Redújose todo a una alusión cordial. Ni el sitio se prestaba singularmente para otra oratoria de distinto tipo, ni el concepto suficientemente serio que yo tengo de la política podía desviarme hasta pretender, desde uno de los salones del Hotel Palace, provocar un levantamiento colectivo de la clase médica que pusiese término a la dictadura.

Había olvidado que entre los presentes se encontraban algunos médicos militares. Se me interrumpió sandiamente. El pequeño revuelo que se produjo bastó para que se me aplicase la ley de orden público, y me llevaron a la cárcel. Tan ajeno estaba yo a la idea de un tropiezo policiaco que conservé sobre mí una carta de D. Miguel Unamuno, cuya potsdata, si no recuerdo mal, tenía el consiguiente recuerdo para el ministro de Gobernación de la dictadura, a quien creo que llamaba "cerdo epiléptico". Esa carta y un carnet de direcciones, sobre todo de amigos rusos —pieza de prueba que debió

servir de comprobación de mis "relaciones oficiales" con Moscú—, cayeron en poder de la Policía. Jamás pasé a recogerlas después a la Dirección General de Seguridad, donde debieron enriquecer, por algún tiempo, el precioso archivo secreto del inspector Sr. Fenoll.

—¿Cómo se efectuó la detención?

—La detención, en sí misma, tuvo algo de imitación grotesca, de los peores trucos cinematográficos norteamericanos. El automóvil de escolta del propio ministro de la Gobernación me salió al paso al dirigirme al Ateneo, y tras un frenazo seco, me hicieron subir a él para después de obsequiarme con un largo paseo por Madrid, conducirme a la Cárcel Modelo.

—¿Qué impresión le hizo la cárcel?

—Conocía de antiguo sus alrededores, sus escaleras desagradables y la obsequiosidad pensosa de sus funcionarios cuando ingresa en ella un detenido "de calidad". Quiere ello decir que ni siquiera me estaba reservada la emoción de una nueva aventura. Apenas alojado en la celda ordinaria, comencé a gozar las delicias de un merecido descanso, turbado únicamente por la sensación de necedad que rodeaba aquella polacada y por la suciedad del recinto, fácilmente reducible, si se renunciara a la repugnante tradición de obligar al preso a servirse de la celda para todo.

—¿Qué días estuvo encarcelado?

—Diecisiete días sujeto por propia voluntad a la disciplina general, de la que suelen quedar exentos los que ocupan la galería de políticos.

En las horas de paseo estable amistad con algunos sindicalistas que llevaban meses y meses de encarcelamiento por la misma ley de orden público, y con otros, traídos ocasionalmente y por diversas causas de distintos penales de España. Me

informaron, al detalle, del trato que en dichos penales se daba al preso de carácter social, y una vez más sentí el sonrojo de la insensibilidad colectiva ante tales desmanes de la barbarie.

En la enfermería había un sindicalista, Vidiellas, que llevaba más de año y medio en la cárcel, bajo la angustia constante de morir allí y sin que nadie le tomase declaración. Procuré que por lo menos las gentes que venían a verme se enterasen de tal escándalo, y la atmósfera general que en torno suyo se creó debió contribuir algo a que más tarde lo pusieran en libertad. De haber sido así doy por bien empleado mi paso a la cárcel.

Las horas de visita compensaban largamente del aburrimiento de la clausura. Entre el recuerdo agradabilísimo de tanta prueba de amistad, quiero destacar dos sorpresas inolvidables: la de una cigarrera anónima que nos enviaba, de vez en cuando, cigarrillos, y la audacia de don Ramón del Valle Inclán, deslizándose, a través de las rejas, un día que yo me sentía algo febril, una botellita de coñac.

Sali el día del santo del señor Borbón, bajo pretexto de indulto por un delito que ni había sido clasificado ni fue considerado digno de que acerca de él se me tomase declaración. Tengo que confesar que la gracia real no logró tocar mi corazón y que, a fuer de ingrato, recibí la noticia de mi liberación inmediata con algunos comentarios irrespetuosos.

He aquí la breve historia —termina— de una detención sin gloria ni consecuencias.

RAMIRO GOMEZ
FERNANDEZ

PINTURA DECORATIVA

Pierre liquide

A. GRETTE

BAILLEN, 119

LOS BORBONES DE ESPAÑA

BREVE HISTORIA DE NUEVE MONARCAS DEGENERADOS

LUIS I. MONARCA EFIMERO

El pobre Felipe V había abdicado. Como oración fúnebre podríamos decir—por lo que ya sabemos de él—que fué el prototipo del degenerado y del imbecil, y que en esto nadie le dejaba atrás. Pero tratándose de los Borbones es imposible hacer semejante afirmación. En efecto, no sabe uno, en la serie, cuál ha alcanzado el grado máximo de estupidez decadente...

Automáticamente pasó a ser rey el príncipe de Asturias.

Luis I habíase casado poco antes con mademoiselle de Montpensier, hija del Regente, haciéndose así un nuevo matrimonio consanguíneo entre borbones.

No valdría la pena que nos detuviéramos a hablar de este Borbón insignificante, que sólo reinó pocos meses y que tenía apenas 17 años. Pero no debemos despreciar un único eslabón de la cadena borbónica para que quede bien demostrado que los estigmas degenerativos, físicos y morales, no han fallado una sola vez en los Borbones de España. Esto aparte de que los Borbones de que nos ocupamos ahora—marido y mujer—fueron lo suficientemente cómicos para que refiramos brevemente algunas anécdotas sintomáticas de estos regios personajes.

Luis era, según sus contemporáneos, francamente feo, delgado, larguirucho, de salud débil. No había recibido la educación apropiada al papel que debía representar (cosa que indefectiblemente ha sucedido con todos los Borbones españoles).

Eso sí, le habían enseñado a bailar, y, sobre todo, a cazar, deporte que como sabemos llega hasta la monomanía familiar. En Luis, la obsesión hereditaria llegó hasta el punto de que una de las primeras cosas que se le ocurrió regalar a su prometida fueron ¡dos fusiles de caza!

Tenía un temperamento muy ardiente, hasta el punto de que hubo que quitar de su habitación el retrato de su novia, "cuya imagen agitaba sus no-

ches". ¡Tan grande era su impaciencia de poseer a su mujer!

De él decía el célebre Saint-Simon que "tenía la inteligencia de un niño, la curiosidad de un adolescente y las pasiones de un hombre".

**

Presentemos a la hija del Regente.

Dejaba mucho que desear. Su falta de educación era extraordinaria. Y las cartas que de ella han quedado atestiguan su absoluta ignorancia de ortografía.

Luisa Isabel era una mujer enfermiza que llegó a España

con los gánglios del cuello infartados. Felipe V empezó por creer que se trataba de viruelas. Y como el Regente poseía una mala fama tan merecida, acabó temiendo que se tratara de una sífilis. Hay que ver los apuros que tuvo que pasar el embajador extraordinario Saint-Simon para demostrar lo contrario, tras un largo interrogatorio a que lo sometieron los soberanos y un examen cuidadoso que hizo a la paciente, improvisándose médico. ¡Por fin logró disipar las aprensiones de los reyes de España!

Luisa Isabel era una desequilibrada. Tenía los más extraños caprichos y sus perversi-

dades precoces dejaron atónita a la corte española que, sin embargo, no tenía mucho de qué sorprenderse.

Así, por ejemplo, no quiso de ningún modo ir a ver a su suegra, que la había cuidado durante su enfermedad y cuyas habitaciones estaban al lado de las suyas. Encerróse en un mutismo absoluto y a cuanto se le decía sólo contestaba por monosílabos.

Se organizó un gran baile en la corte en honor suyo. No le dió la gana de asistir a él y dijo que, si querían, que fueran los reyes: "Que hagan lo que les guste, yo haré lo que a mí me place".

El duque de Saint-Simon, cumplida su misión, iba a volverse a Francia. He aquí cómo describe la solemne sesión de despedida:

"Estaba Luisa Isabel bajo un dosel, en pie, las damas a un lado, los grandes del otro. Hice mis tres reverencias, y después mi cumplido. Me callé luego, pero en vano, porque no me respondió ni una palabra. Tras algunos momentos de silencio, quise darle tema para responderme y le pregunté si algo deseaba para el rey, para la infanta y para Madame, el duque y la duquesa de Orleans. Me miró y soltó un eructo estentóreo. Mi sorpresa fué tan grande que quedé confundido. Un segundo eructo estalló, tan ruidoso como el primero. Perdí la serenidad y no pude contener la risa; y mirando a derecha e izquierda ví que todos tenían su mano sobre la boca y que sacudían los hombros. Finalmente, un tercer eructo, más fuerte aún que los dos primeros, descompuso a todos los presentes y a mí me puso en fuga con cuantos me acompañaban, con carcajadas tanto mayores cuanto que forzaron las barreras que cada uno había intentado ponerles. Toda la gravedad española quedó desconcertada, todo se desordenó; nada de reverencias, cada uno, torciéndose de risa, salió corriendo como pudo, sin que la princesa perdiese ni un átomo de su seriedad..."



—¿Y USTED QUERIA UN "RANCHO"? ¡QUITESE DE MI VISTA! ESE RANCHO QUE USTED HA CONDIMENTADO, NO HAY QUIEN SE LO TRAGUE.

Esta desequilibrada no hizo muy feliz a su real marido el poco tiempo que vivieron juntos. La raza decadente no había puesto en Luis más que una escasa vitalidad. se constataba fácilmente, soportaba mal las fatigas de la caza y seguía delgado y débil; fué un anormal entre los anormales que nacieron de Felipe V. Su mujer, en cambio, engordaba, causaba a sus damas a fuerza de andar, y comía con un sólido apetito las comidas más extraordinarias.

Se entretenía además Luisa Isabel en hacer inundar por sorpresa, mediante surtidores escondidos, a los que se paseaban por los jardines, y un día, cortando los cordones de las sayas de la condesa de Altamira, camarera mayor de la reina y modelo de seriedad, hizo que la encopetada dama se quedara en camisa en medio de la corte...

En fin; realizó tantas locuras, y dijo tales sandeces, que el tímido Felipe V la amenazó con encerrarla y que el mariscal de Tessé, embajador de Francia, escribía:

"No es culpa suya, y le aseguro a usted que ha aprendido muchas cosas en el Palais Royal que no ha olvidado en su palacio y de las que habla a sus damas. Conozco una a quien ha dicho hace veinticuatro horas: "Si quisiese ser p..., ¿querría usted servirme de a...?"

Como vemos, estos regios Borbones siempre han tenido la misma afición al lenguaje grosero del populacho, y el mismo sadismo sexual.

Mientras tanto el pobre Luis, sombra de rey que duró un par de temporadas, no sabía qué hacerse con aquella fiera. Su inteligencia, tan desarrollada como la de su progenitor, no lograba dictarle la actitud que hacia ella debía adoptar. El pobre diablo escribía a sus padres el 5 de abril de 1724:

"Hoy he ido a tirar y he matado treinta y dos palomos y algunos conejillos: por lo demás, la reina va de mal en peor, y si le digo algo se enfada conmigo y no sé qué hacer."

Por lo demás, en efecto, ¿qué hacer con una reina de España, que va así, sin más ropa que

Comentarios de un filósofo diminuto

"A B C" y el separatismo

Entre la muchedumbre de ciudadanos a quienes tiene profundamente disgustados la irregular conducta política del señor Macià (presidente de la Generalitat de Catalunya), ha habido muchos que, sabedores de que el periódico "A B C" sostenía una intensa campaña en este sentido, acudieron a los quioscos para comprarlo, ávidos de ver identificadas sus querellas en un órgano que siempre disfrutó el triste privilegio de vivir divorciado de la opinión pública.

—¡Por fin!—decían los confiaditos ciudadanos mientras corrían hacia los quioscos—. Por fin, "A B C" interpreta una vez el sentimiento general español.

Yo también, fui uno de los sugestionados. Pero antes de

una bata y una camisa sobre el cuerpo se paseó por los jardines del Retiro enseñando pies y piernas a quien quería ver, y manifestando una exhuberancia tan extraordinaria que se la creyó borracha? Al día siguiente al de semejante proeza, se entretenía en lavar pañuelos y, por la tarde, en camisa, lavaba las losas de un gran mirador a la vista de todo el mundo!

¡Para colmo, se supo que había adquirido la costumbre de emborracharse!

¡Felizmente el pobre Luis iba a verse libre de su molesta mujer muriéndose de repente!

Hacia una vida agotadora para un ser tan débil. Según el mariscal Tessé, "en cuanto ha almorzado se va a jugar a la pelota; el resto del día, bajo un gran calor, se va de caza y camina como un montero; por la noche, sin trabajar eficazmente, creemos que se excede, y, sin embargo, no le gusta su mujer ni a su mujer él".

Antes del alba del 31 de agosto de 1724, moría este rey efímero. La corte de España se apresuró a devolver a Luisa Isabel a su país.

Y entonces empezó el segundo reinado de Felipe V.

Gonzalo de REPARAZ (hijo)

decirme a contraer la grave responsabilidad de adquirir un ejemplar de "A B C", hube de hacer ciertas reservas a quienes me habían hablado insistentemente de la tal campaña, pareciéndome, desde luego, increíble.

—Pues no lo es—decían—. "A B C" está sosteniendo una honrada campaña contra el separatismo. Léalo, léalo.

Lo compré. ¿Quién resistía a tan conmovedores encomios?

Después de leerlo, ha sido tal mi indignación, que no he podido tampoco resistir al impulso de consagrar unos comentarios generales a la campaña de la ex gaceta palatina.

Y tales comentarios son estos:

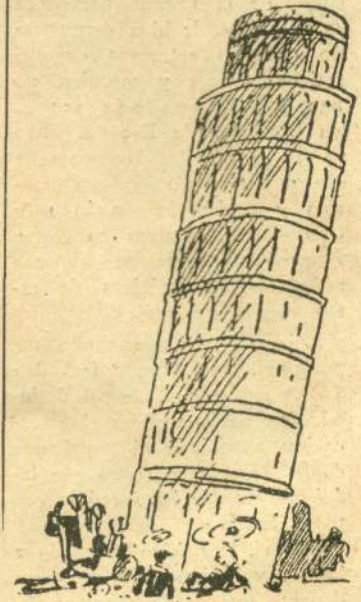
"A B C", no sólo no sostiene una honrada campaña contra el embozado separatismo de los hombres que regentan la Generalidad, sino que, lejos de esto, su campaña es eminentemente separatista, tanto en la criminal intención que la anima como en la forma artera que la sostiene.

No habla "A B C" directamente contra los visibles gérmenes de separatismo que florecieron en Barcelona el día 14, cuando se proclamaba desde el balcón del Ayuntamiento el Estado catalán, "bajo el régimen de la República catalana". Si tal hiciera, "A B C" no merecería de mí ninguna censura, porque, en ese caso, su conducta respondería fielmente al ardiente españolismo que trató de demostrarnos en tantas ocasiones. Pero "A B C" ha perdido hasta la última virtud en aras de la desesperada defensa que está consagrando a la muerte monárquica, y en su consecuencia, en lugar de enfrentarse gallardamente con el separatismo, como lo hizo siempre, ahora trata por todos los medios de acentuar actitudes, subrayando intencionadamente discrepancias y atribuyendo gravedad y trascendencia a palabras y frases que el sentido común y la serenidad les restó diez minutos después de haber sido pronunciadas.

Por el contrario, de ser una labor altruista y simpática a los elementos que sienten una viva reacción contra la desintegración del territorio nacional, la labor actual de "A B C" es altamente disolvente y anárquica. Y es natural que así sea, teniendo en cuenta que las causas perdidas invitan a sus defensores a todos los procedimientos. Con todo el odio salvaje que sintió siempre contra el separatismo, "A B C" no vacila ahora en fomentarlo, estimando sagazmente el alto valor que tendría para la causa del ex rey una profunda y auténtica discordia entre los pueblos de España. Afortunadamente, esta discordia, en la medida que la necesitaría "A B C" para sus designios, no existirá nunca, contra todos los empeños que ponga en ello la ex gaceta palatina. Y no existirá, no porque las autoridades de uno y otro lado hagan votos constantes de recíproca cordialidad, sino porque los pueblos tienen un fuerte y despierto instinto de conservación, y cuando su vida peligrá, saben volver donosamente la espalda a los santos.

Benigno BEJARANO

DESPUES del ACCIDENTE



—¡OH! ¡HECTOR, FIJATE EN LO QUE HAS HECHO! ¡VA A ENFADARSE MUSOLINI! (Judge)

SASTRERIA MODELO

Trajes confeccionados - Colores y dibujos de moda
SECCION A MEDIDA - - SELECTAS NOVEDADES
Rambla de Canaletas, núm. 11

LOS BORBONES DE ESPAÑA

BREVE HISTORIA DE NUEVE MONARCAS DEGENERADOS

FELIPE V, REY POR SEGUNDA VEZ

La muerte de Luis I trajo nuevamente al trono a Felipe V. Fue notable esta segunda etapa. Y dada la importancia que, desgraciadamente, ocupa en la Historia de España el fundador de la dinastía, conviene que volvamos por un momento a este rey.

El ex monarca estaba en San Ildefonso cuando se le comunicó oficialmente la muerte de su hijo. Ocupó entonces nuevamente el trono, convocando Cortes para que reconocieran al infante don Fernando, que sólo tenía 11 años, como príncipe de Asturias.

Por aquella época, la vida de Felipe se pasaba entre la alcoba y la caza. El real matrimonio se ocupaba en la cama de los asuntos de Estado, "el rey, cubierto con un abrigo de satén, la reina sentada con un pedazo de trabajo de tapicería en la mano" (Saint-Simon).

"La principal ocupación de este rey-fantasma era el deber conyugal, cumplido sin tregua y sin reposo—dice Cabanés—. Su otra pasión era la caza, en grandes batidas donde se mataban al tun tun ciervos, corzas y cabritos monteses, lobos, ardillas y zorras, una matanza a la que ningún animal, por inofensivo que fuera, escapaba."

Finalmente, nuestro conocido Saint-Simon dice que en sus residencias "el rey y la reina no tienen nunca para ambos más que un departamento, los mismos cuartos para el mismo uso, la misma mesa para cuanto quieran hacer, y hacen siempre juntos las mismas cosas; nunca se separan más que para funciones cortas, raras, indispensables. Sus audiencias las dan casi siempre juntos, y ya que hemos de decirlo, sus sillas "agujereadas" estaban en el mismo lugar"...

Durante los últimos años de este brillante fundador de dinastía puede decirse que su locura fué completa, sin más que algunos breves momentos de lucidez.

En junio de 1727 se produjo una crisis a consecuencia, según se afirmó, de una indigestión. El rey había vuelto a caer en sus terrores enfermizos, invadiéndole nuevamente su melancolía habitual.

Su incapacidad para ocuparse de los asuntos de Estado aumentaba de día en día. Enton-

ces la reina se hizo nombrar regente y encerró a su estúpido marido en el Pardo.

Cuando estuvo algo mejor le hizo volver para exhibirlo al pueblo.

Y como Felipe volviese a manifestar veleidades de abdicación, la reina le vigilaba constantemente.

La vida de aquel matrimonio no podía ser más pintoresca. Vayan unos ejemplos.

El 20 de junio de 1728 se desarrolló una escena extraña. A las cinco de la mañana se levantó el rey en camisa y descalzo, y quiso salir así. La reina, que se había despertado, le hizo comprender lo ridículo de semejante idea y logró que se volviera a acostar. Tenía puesta una camisa de la reina que le llegaba hasta el suelo; ¡su locura consistía entonces en imaginar que querían envenenarlo con una camisa, y por esta ra-

zón sólo quería ponerse las de su mujer, cuando ésta ya las había llevado puestas! Varias veces procuró escaparse y hubo que cambiar repetidas veces las cerraduras. Un día golpeó a la camarera y a la reina que habían acudido para oponerse a su huida. La reina le riñó y le dijo "que no se acostaría más con él". En vista de tan terrible amenaza, el monarca lloró todo el día y se negó a trabajar con sus ministros...

Le gustaba molestar a la reina; en marzo de 1731 descubrió una broma muy espiritual: en cuanto la reina se dormía, hacía abrir las ventanas y hacer mucho ruido para despertarla, de manera que la desgraciada no podía dormir más de tres horas cada día.

**

Felipe, cuando no se creía muerto, se suponía envenenado,



A LA MEMORIA...

*Dejad que se cubra
de negro ropaje
la musa que dicta
mi pobre canción;
dejad que ella ofrezca,
también, su homenaje...;
¡que ha muerto la viuda
del gran Salmerón!*

**

*No importa que tarde
llegue la voz mía;
antes que ella suene,
sonó el corazón;
sonó al tiempo mismo
que España decía:
¡Ha muerto la viuda
del gran Salmerón!*

**

*Mezquino recuerdo,
si ya pareciera
tardía o pasada
mi laica oración;*

*ingrato mi pueblo,
si oír no quisiera
¡que ha muerto la viuda
del gran Salmerón!*

**

*No creo que es tarde,
no creo extinguido
el dolor profundo
de la honda emoción;
sería muy pronto
ya echar al olvido
¡que ha muerto la viuda
del gran Salmerón!*

**

*Yo sé que mi España
lo oírá aún muchos días;
y mejor grabadas
que en el panteón,
llevará estas frases,
de todos, no mías:
¡¡¡Ha muerto la viuda
del gran Salmerón!!!*

EL LOCO CANTOR

Entonces soltaba unos gritos horribles que de noche despertaban a todo el palacio.

Fué el primer Borbón español un hombre sucísimo. Cabanés—cuyo admirable estudio de las enfermedades de los primeros Borbones seguimos—cita un documento de 13 de julio de 1732 que nos descubre un hecho sorprendente: hacía un año que el monarca no se había mudado la ropa... Así es que sus trajes caían a pedazos, y principalmente su pantalón, descosido desde la cintura hasta abajo... De poco le servía, y cuando le pasaba algo, sea porque se sentaba, sea porque se caía su pantalón, se le veían los muslos al desnudo. A veces, cuando salía para ir a misa, la reina sostenía con alfileres los harapos que quedaban del pantalón, y él dejaba tranquilamente efectuar la operación.

En 1736 le dieron unos ataques de hipo muy violentos; después fueron unas lamentaciones que alternaban con alaridos.

Tenía a veces manía de persecución. Con las uñas duras y cortantes que había dejado crecer se arañaba, y pretendía después que había un malvado y se había aprovechado de su sueño para herirlo... Otros veces aseguraba que había escorpiones alrededor de la cama y le picaban.

¿A qué seguir? Este mentecato fundador de dinastía hizo otras muchas excentricidades, muriendo por fin el 9 de julio de 1746.

Sólo le consolaba la presencia del célebre cantante Farinelli, castrado, según la costumbre de entonces en Italia.

Y ahora, al dejar a Felipe para pasar a Fernando VI, recordemos las palabras siguientes de Cabanés:

"El mismo Farinelli acunará al sombrío Fernando VI, que debía heredar la enfermedad al mismo tiempo que el médico de su padre. Felipe y Fernando firmaban: *Yo el Rey*. En realidad fué un castrado el que gobernó España bajo los dos reinados".

Casi medio siglo llevaba instalada ya, por la gracia de Dios, la dinastía borbónica en España.

Prosigamos nuestra excursión por ella.

Gonzalo de REPARAZ (hijo)

LOS BORBONES DE ESPAÑA

ISABEL II

BREVE HISTORIA DE NUEVE MONARCAS DEGENERADOS

Por GONZALO DE REPARAZ (hijo)

Hija del matrimonio consanguíneo de Fernando VII y de María Cristina, de la familia de los Borbones de Nápoles, la herencia que arrastraba Isabel no podía ser más pesada.

Es indudable que en ella predominó la influencia de su padre, pues es cosa sabida que en un matrimonio de dos degenerados, predomina la herencia del que tiene las taras más pesadas. Su carácter quedó profundamente marcado por tal herencia. Destacábanse en él, principalmente, la sensualidad excesiva, rayana en la ninfomanía de su abuela paterna, la falta de todo freno moral, la crueldad e indiferencia ante el dolor ajeno, la poca importancia concedida a la palabra dada.

Isabel II había sido enferma en su infancia. Tenía entonces una complexión poco robusta y muy delicada salud. En Octubre de 1883, es decir, cuando apenas tenía tres años, la vió el marqués de las Amarillas, quien anotó en sus memorias la impresión que le produjo Isabel:

«Noté con pena — dice — que tenía las manitas muy ásperas y en un estado muy poco natural, que me hizo conocer debía padecer algún exantema, lo que a su edad, tan tierna, daba mala idea de su robustez y no muchas esperanzas de su existencia, entre los peligros de los primeros años de la vida; hija de un padre lleno de males, que en su niñez había padecido, casualmente, una afección cutánea, no pude extrañar el secreto del estado de las manos de S. M.» (Memorias manuscritas del marqués de las Amarillas, citadas por Villa Urrutia en «La reina gobernadora doña María Cristina de Borbón», Madrid, 1925, 554 p. 475). — No olvidemos el carácter herpético que tuvieron María Luisa y su madre.

Durante todo su reinado, Isabel II dió, no teniendo el menor freno moral, el más escandaloso espectáculo, sucediéndose los amantes que en público exhibía...

«El fanatismo y la licencia

fueron el signo de su vida privada», decía en su proclama de 29 de Setiembre de 1868 la junta revolucionaria de Madrid, resumiendo en una breve frase el juicio que merecía aquel reinado escandaloso.

Pudo echársele siempre en cara, y con razón, la vergüenza de la influencia que sobre ella ejercían, y por ella en el país, sus favoritos. Ya la junta de gobierno que se formó en Madrid durante la revolución de Julio de 1854 lanzó una proclama a los madrileños, en la que, entre otras cosas, decía: «Queremos una junta provisional nombrada por el pueblo, no un gabinete designado por el favorito».

Pero bofetadas de este jaez nunca han hecho mella en los Borbones.

*

El 10 de Octubre de 1846, se casa Isabel II con su primo don Francisco de Asís de Borbón. Tenía entonces la reina 16 años.

Era un nuevo casamiento consanguíneo entre Borbones. Pero esta vez, hay una curiosa particularidad: Esta consanguinidad no ofrece peligro alguno: don Francisco de Asís era impotente. En él, un estigma degenerativo tan grave como lo es la deformación de los órganos sexuales había tomado un aspecto parecido al de su suegro, Fernando VII.

Lord Palmerston dijo del pretendiente a la mano de la reina lo siguiente: «Inglaterra jamás dará su apoyo al enlace de S. M. con el infante don Francisco de Asís, porque este príncipe está imposibilitado, «física» y moralmente, para hacer la felicidad «privada» de S. M. y de la nación española».

Era Francisco de Asís el prototipo del señorito de pocos cuartos y menos vergüenza, como vamos a ver.

Apenas triunfó la suya entre las demás candidaturas, se apresuró a negociar su buena suerte, contrayendo un empréstito de ocho millones de francos, que le facilitó el banquero francés Fasté.

Negoció su impotencia, comprometiéndose a figurar como padre de los hijos que tuviera Isabel y que él no le podía dar, mediante la suma de dos millones de reales por cada uno que pariera su mujer honoraria. A cambio de esto, comprometiéndose a pasar por «todo». Sin embargo, llegó a tales extremos la conducta de Isabel, que, a pesar de su epidermis de elefante, hubo de enfadarse, según veremos.

*

El primer favorito todopoderoso fué el general Serrano. Pronto se supo en toda España quién era el amante oficial de la reina. Este co-

mo los que después se iban a suceder, tenía una influencia considerable en la marcha política de la nación. Entonces, el rey se marchó al Pardo, porque no podía sufrir a Serrano.

Toda la política española giró desde entonces, y durante todo el resto del reinado de Isabel II, alrededor de un favorito y de un lecho. Así se dejaban gobernar los españoles, sin que los que contra aquellas vergüenzas se sublevaban fueran bastante para acabar con ellas.

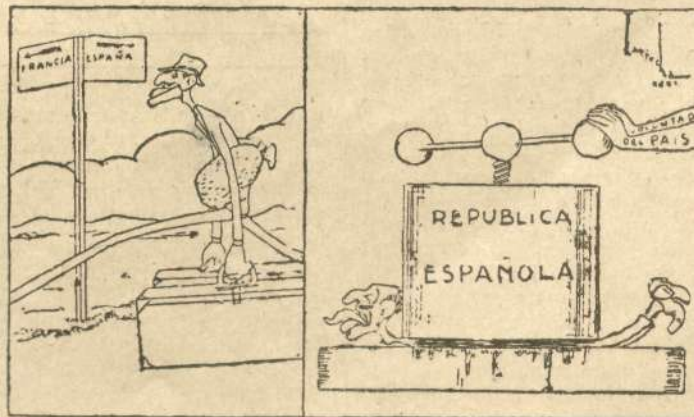
Las gentes que rodeaban a los monarcas no valían más que ellos.

«¿Qué consejeros íntimos tenía la reina? Muchos que desatinaban y uno que le decía: «Señora, divorciaos de vuestro esposo. Declaradle impotente y la ley os favorecerá». ¿Quién aconsejaba al rey? Muchos insensatos, y entre ellos, uno, más arrojado que todos, que le decía, presentándole una pistola: «Tomad, señor, amartillada, yo os diré dónde encontraréis a Serrano, y disparadla contra su corazón». Una y otra cosa se propuso; pero ninguna se llevó a cabo, aunque lograron la separación». (Bermejo: «La estafeta de Palacio», II, pp. 780-781). ¡Así andaba aquella corte en que el adulterio y el favoritismo estaban a la orden del día!

Empezaron las gestiones para tratar de arreglar aquel escándalo, o para que, al menos, no fuera tan aparente.

Despachó el gabinete — presidido nada menos que por el propio Serrano — al ministro de la Gobernación, para que fuese al Pardo a convencer al rey de que se volviese junto a la reina. Anotó cuidadosamente el emisario su conversación, que ha sido publicada por numerosos historiadores, entre ellos, Pirala, Bermejo, García Ruiz, etc.

El diálogo que tuvieron vale un Potosí, y nos pinta los puntos que calzaba, en cuanto a vergüenza, el rey consorte, de tal manera, que no sabe uno a quién dar la palma por lo que a frescura y



14 DE ABRIL

—Yo no renuncio a mis derechos. «En junio, ya veremos.»

28 DE JUNIO

Y en junio... R. I. P.

desfachatez se refiere, que en esto, ambos esposos valían.

Asistamos al inefable diálogo:

«Esa separación no puede prolongarse, porque ni favorece a la reina ni favorece a V. M. — empezó diciendo Benavides.

—Lo comprendo — respondió Francisco de Asís —, pero se ha querido ultrajar mi dignidad de marido, mayormente, cuando «mis exigencias no son exageradas». Yo sé que Isabelita no me ama, y yo la disculpo, porque nuestro enlace ha sido hijo de la razón de Estado y no de la inclinación; y yo soy tanto más tolerante en este sentido, cuanto que yo tampoco he podido tenerla cariño. Yo no he repugnado entrar en el camino del «disimulo»; siempre me he manifestado propicio a sostener las apariencias para evitar este desagradable rompimiento; pero Isabelita, o más ingenua, o más vehemente, no ha podido cumplir con este deber hipócrita, sacrificio que exigía el bien de la Nación. Yo me casé porque debía casarme; porque el oficio de rey lisonjea; yo entraba ganando en la partida, y no debí tirar por la ventana la fortuna con que la ocasión me brindaba, y entré «con el propósito de ser tolerante», para que lo fueran igualmente conmigo; «para mí no habría sido nunca enojosa la presencia de un privado».

Al año siguiente, podía decir con toda razón la prensa inglesa que «la corte de España era la vergüenza de Europa». Pero a la corte le importaba un bledo ser la vergüenza de nadie, porque ella no sabía de qué se trataba. España tampoco se daba del peso del exceso de desvergüenza del trono...

Para acabar con el predominio del «pequeño Godoy» y de los suyos, los moderados entendieron que el medio más adecuado para minar el poder de Serrano era el que más entusiasmos despertaba en la regia dama. Empezaron echando por delante a un cantante del teatro del Circo llamado J. Mirall, a quien os serranistas aun pudieron desterrar. No pasó ya lo mismo con el maestro de música de la reina, José Valdemosa, que de la noche a la mañana, apareció gozando de toda la privanza que antes tenía Serrano. Ya no tuvo la reina dificultad en alejar a éste de Madrid, nombrándole capitán general de Granada. «La donna é mobile...» pero Isabel estaba llamada a dar muestras mucho mayores de su «movilidad».

Infatigable en la prosecución de sus experiencias comparativas, pronto se cansó de Valdemosa, otorgando, de momento, sus favores, a José Ruiz Arana. Este apoyaba a Narváez, que por entonces estaba en el goce de un poderío pleno.

Siguió después el «pollo Arana» influyendo poderosamente en la política, en la administración y en Isabel II, y ésta llegó al feliz término de su embarazo, pariendo el 20 de Diciembre de 1851 a la infanta Isabel — la misma que acaba de morir en París, — cuya venida al mundo produjo extraordinario júbilo entre todos los buenos monárquicos. Mientras tanto, el «pollo Arana» se despachaba a su gusto, protegiendo toda clase de negocios.

Vino la revolución del 54, al grito de «muera el favorito». Pasó de moda el de turno.

Pero Isabel siguió haciendo de las suyas. Digna de un serrallo oriental es la tragedia que pasó en su antecámara el 26 de Abril de 1857.

Hallábase la reina particularmente ocupada en su cámara y había prohibido que la interrumpieran en sus importantes quehaceres.

Guardábase le puerta el servicial Narváez, presidente del consejo en aquel entonces, en compañía de su ayudante, hijo del marqués de Alcañices. Presentóse entonces Francisco de Asís con Urbiztondo. Quiso Narváez impedir la entrada al rey, siguiendo las órdenes de la soberana. Francisco se indignó y maltrató a Narváez. Tomaron parte en la contienda los respectivos ayudantes, llegando por fin a las manos y sacando las respectivas espadas, se atravesaron recíprocamente con ellas. Murieron ambos: Urbiztondo en el acto y Alcañices a los pocas horas.

Por aquel año 57, empezó a ejercer mucha influencia sobre Isabel un nuevo amante, que se llamaba Puig Moltó y que era comandante del ejército. Siendo el válido enemigo de la reacción, representada por Narváez y por los neocatólicos, hizo que se formase para suceder a Narváez, al que las intrigas palaciegas obligaron a presentar la dimisión el 15 de Octubre, un gabinete presidido por el general de marina Armero, y el 28 de Noviembre de 1857, dio a luz Isabel un niño a quien se le dió el nombre de Alfonso: era el futuro Alfonso XII. Así seguían los favoritos ejerciendo su doble papel político-paternal...

La caída de Narváez tiene

Después de las elecciones

La verdadera revolución empieza ahora

Desde Gualba, pueblo al pie de la montaña del Montseny, donde fui a descansar unos días de las continuas luchas ciudadanas, me trasladé hoy a la ciudad, a cumplir uno de los primeros deberes. La emisión del voto.

Barcelona, la bulliciosa ciudad mediterránea, la metrópoli turbulenta y tantas veces injustamente castigada, dió una prueba más de su gran civismo, de su inmenso amor a España.

El cuerpo electoral, consciente como nunca de que la emisión del voto tenía, como jamás tuvo, una importancia decisiva, se dirigía a los colegios, concurrendosísimos, ya a primeras horas, con el entusiasmo que produce el deber cumplido y sabiendo que con su voto contribuían al definitivo engrandecimiento de la patria, a la completa consolidación de la República, y en consecuencia, al definitivo alejamiento de un retorno de la monarquía: cosa ya ahora del todo imposible, después de controlada una vez más cuál era su soberana voluntad. Los espíritus timoratos, que aseguraban toda suerte de desgracias, que anunciaban disturbios y veían a España antes del día 28 (nueva fecha gloriosa) en poder del comunismo, ya pueden dormir tranquilos. Aquí no ha pasado nada de cuanto ellos temían. No obstante, para todo hombre de espíritu verdaderamente libe-

ral, ha pasado mucho: cuanto podía pasar.

La revolución, empezada de una manera efectiva el 14 del pasado Abril, sigue su marcha ascendente y triunfal.

Es más, puede decirse que la verdadera revolución empieza ahora. Pues, constituidas, dentro de pocos días, las Cortes que todos los españoles acabamos de elegir, ellas serán, interpretando la verdadera voluntad y sentir del pueblo, las que van a construir todo el edificio de esta España nueva, y destruyendo para siempre los viejos moldes, harán una verdadera revolución desde la «Gaceta»; revolución en todos los órdenes: jurídico, administrativo, económico, etc. dando solución a los problemas pendientes: el de la enseñanza, el social, el religioso, forjando en el yunque de las voluntades que supieron imponerse, la nueva nacionalidad española, para la obtención de la que tanto luchamos, y la que sabremos defender como sea preciso, en la calle y dando por ella la vida, si fuese necesario, puesto que si supimos sacarla de la vergüenza y abyección en que había caído, no tendríamos derecho a llamarnos republicanos, ni españoles, ni siquiera hombres, si no supiéramos, como tales, defenderla de cuantos fueron sus más encarnizados enemigos.

EL DUENDE DE LAS
RAMBLAS

LA CALLE tiene confiada la corresponsalia administrativa en Madrid, a la Agencia de Distribución de Libros, Diarios y Revistas
CARLOS CLIMENT CAUDET — TELÉFONO 90118

una explicación muy sencilla: a pesar de las barbaridades que cometía, llegó un momento en que todo se rompió. Era demasiado — aun para él — lo que se le pedía.

«Un día le pidió doña Isabel el ascenso del joven bizarro teniente de ingenieros don Antonio Puig Moltó, que, desde unos meses antes de a catástrofe de Urbiztondo gozaba en palacio de incontrastable influencia. Pero, como se trataba de un cuerpo de escala cerrada, y sin perturbarlo hondamente era imposible aquel ascenso, opúsose a él Narváez, y desde el ins-

tante, quedó resuelta su cesantía».

Fué además cruel esta reina. Empezó reinando con fusilamientos a cientos. Dejó que se realizase la hecatombe de Zurbano y sus hijos, a pesar de las súplicas de la madre. Y, pasando por muchos otros hechos parecidos, nos bastará para demostrarlo recordar los sucesos del cuartel de San Gil, cuando Isabel pedía «sangre, más sangre!»

Tal fué la madre de Alfonso XII...

GONZALO DE REPARAZ
(hijo)

LOS BORBONES DE ESPAÑA

MARIA LUISA

BREVE HISTORIA DE NUEVE MONARCAS DEGENERADOS

Por GONZALO DE REPARAZ (hijo)

Durante todo el reinado de Carlos IV, fueron María Luisa y su amante Godoy quienes verdaderamente gobernaron a España. Por esta razón — y también porque María Luisa ocupa un lugar importantísimo en la cadena de degenerados constituida por los Borbones de España, explicándonos muchas cosas del carácter de sus descendientes — merece capítulo aparte.

La conducta de la reina era la comidilla del pueblo, por la depravación de que daba pruebas. Únicamente su marido se obstinaba en considerarla como la más virtuosa de las esposas... María Luisa creó todo un sistema de espionaje, y gracias a él, conocía las personas capaces de perjudicarla en el espíritu del rey; alejaba a los que eran demasiado clarividentes y desterraba sin piedad a todos sus enemigos y a los de Godoy, su amante. Incluso desterraba a las personas a quienes el favorito miraba con demasiada complacencia. Llegó a no tomar ninguna precaución, a no guardar medida alguna. Un documento conservado en el archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de París (*Archives Affaires Etrangères, Espagne, núm. 659, folio 278*) nos da, en un impresionante resumen, este cuadro de España, o, más exactamente, de la corte:

«Es el vicio en toda su fealdad; es el escándalo más nauseabundo; ni urbanidad ni delicadeza, ni pudor, privado o público; las costumbres están corrompidas, sin estar dulcificadas... Ningún miramiento, ningún velo esconde este horrible espectáculo a los ojos de la multitud, y tal vez en toda España no hay una sola persona que no sepa que, para alimentar la extraña sensibilidad de a reina, no es excesiva a asiduidad de un funcionario titular (el rey), ni las acciones pasajeras del príncipe de la Paz (Godoy), y el concurso frecuente de la flor y nata de los guardias de corps».

Todo esto, y más que irá viendo el lector, pasaba, no lo olvidemos, en los bueos tiempos de la España neta y tradicional, con monarquía, inquisición, autoridad y religión — mucha religión...

Para comprender el desequilibrio de María Luisa, para explicarnos este caso notable, hay que conocer los precedentes patológicos que sobre ella pesaban. Esto no es sólo importante por ella, sino porque con ella, se vienen a fijar nuevas taras en los Borbones, taras que reaparecen claramente en su nieta, Isable II: la necesidad sexual excesiva hasta rayar en la locura, necesidad que nada podía satisfacer y que les hacía dar los más escandalosos ejemplos y exhibir ante el público la impudicia de amantes en serie...

María Luisa era hija de Felipe, duque de Parma, segundo hijo de Isabel Farnesio y de Felipe V; habíase casado con su prima Luisa Isabel de Francia, hija mayor de Luis XV. Así, pues, no sólo sus padres habían realizado un casamiento consanguíneo, sino que ella lo realizaba también, al casarse con su primo, hijo de Carlos III.

La madre de María Luisa tenía como su homónima la hija de regente de Francia — que se casó con nuestro ya conocido Luis I —, el temperamento herpético. Unas manchas rojas aparecieron en su rostro; su garganta y sus hombros cuando llegó a España, e Isabel Farnesio la apodó «la tiñosa».

«Muy depravada — dice de la hija de Luis XV y madre de la no menos depravada María Luisa el doctor Gallippe.

Para completar el cuadro patológico de la familia de María Luisa de España, presentaremos a sus más próximos parientes, según el citado doctor Gallippe (pp. 366-358). Los tíos de María Luisa (hermanos de su madre) tenían las siguientes características:

«Ana Enriqueta, herpética, enfermiza, incestuosa (muerta sin alianza).

«Luis Delfín (1729-1765)...

«María Adelaida, epiléptica, estafalaria, violenta, incestuosa. (Muerta sin alianza).

«Sofía Felipina Isabel Justina, escrofulosa, enfermiza, y también muerta sin alianza.

«Luisa María, priora de las Carmelitas de Saint Denis. Tipo familiar. Escrofulosa, enfermiza, violenta...

«Salvo la hija mayor, ninguna de las hijas de Luis XV ha-

bía estado casada; hemos visto que habían tenido relaciones incestuosas con su padre. El conde de Narbona, ministro de Luis XVI y de Napoleón I, nacido en 1755, pasaba por ser el fruto de una de estas uniones. Mme. Henriette y Mme. Adelaide eran casi las amantes declaradas del rey, su padre. Luisa Isabel (la hija mayor de Luis XV y madre de María Luisa), ambiciosa, viciosa y extraordinariamente depravada, pasaba por haber empujado a Luis XV a tomar a sus hijas como amantes. María Adelaida era orgullosa, altiva, cruel, estafalaria, violenta, de espíritu corto y falso, sacudida en sus movimientos. Era epiléptica, hecho de la mayor gravedad. El hijo único de Luis XV, el Delfín Luis (1729-1765), era un hombre de inteligencia muy limitada, de carácter extraño y de piedad ardiente. Había nacido malo físicamente, mal conformado. A los doce años, tenía ya la cabeza gruesa y el carácter que se vio más tarde. Creció, engordó, pesado, extraño, discordante, vislumbrando a veces, su fatalidad, muy mala. A los diez y siete años, escribía al viejo Noailles: «Arrastro difícilmente la masa pesada de mi cuerpo». De Luynes lo encontraba «niño» a los veinte años, variable y «pesadamente ligero», pasando de una cosa a otra; además, extraño, absurdo, cantando, por ejemplo, tinieblas con su mujer, la segunda Delfina, en el cuarto lúgubre en que efuó expuesta la primera. Era un cerebro, a lo que parece, marcado por las manchas sombrías del rey semiloco, de Madrid, Felipe V... A los veinte años, su corpulencia fué enorme; era una «montaña de carne, un monstruo de grasa. Se casó dos veces y tuvo nueve hijos, de los cuales, cuatro murieron en la infancia».

Conocida ya así la parentela de María Luisa — personas tan recomendables como puede verse — vamos a esbozar un rápido retrato de esta reina, digna madre de Fernando VII y no menos digna abuela de Isabel II.

María Luisa era una mujer fea, prematuramente ajada por los partos repetidos y por la enfermedad. A la edad de 38 años nos hace una triste pintu-

ra de ella un diplomático ruso: «Los partos repetidos, las indisposiciones y tal vez también un germen de una enfermedad que se dice hereditaria, la habían ajado completamente; su color se había vuelto aceitunado y la pérdida de sus dientes han dado el golpe de gracia a su belleza».

Habíase casado a los catorce años con un príncipe que tenía diez y siete, y que jamás fué para ella un apoyo ni un guía.

Hacia 1786, se enamora de Manuel Godoy, soldado de los guardias de corps, elevándolo al grado de favorito. Desde entonces, su política está subordinada a esta única consideración: conservar a Godoy. Y como ella llevaba toda la política del país, puesto que ya sabemos que gobernaba al rey totalmente, resulta que, durante una veintena de años, la política de España no tuvo otro objetivo fijo sino mantener en funciones al amante de la reina. ¡Y esto, en uno de los momentos más arduos de la política europea, durante toda la revolución francesa y en tiempos de Napoleón! Así se explica que todo acabase catastróficamente: pérdida de la independencia de España, invadida por los franceses en connivencia con sus propios reyes, y pérdida del mayor imperio colonial existente, en el momento en que, precisamente, los demás países coloniales veían crecer rápidamente los suyos...

Según Villa Urrutia, era tan grande la admiración que sentía María Luisa por su amante, que nada hacía sin consultarle. En carta de 7 de Noviembre de 1804, le decía: «Tu memoria y tu fama sólo acabarán cuando el mundo se destruya, y entonces, quedarán premiadas en la gloria. No te asustes, Manuel, pues, aunque parezca un fraile, ni lo soy ni puedo tomar nada de ellos...»

Aun después de la catástrofe, cuando España se debatía en los horrores de la invasión y de la guerra de la Independencia, lo único que se le ocurre a la reina es que el favorito no se separe de ella... Ya en 1808, después de las terribles jornadas de Aranjuez, el peligro que corría Godoy, prisionero de Fernando VII, le preocupaba más que su propio rebajamiento. Escribía a su hija, la reina de Etruria: «Pedimos (al gran

LAS COSAS EN SU PUNTO

Los radicales socialistas de Barcelona fueron los primeros en pedir el reconocimiento de don TIBERIO AVILA, como diputado constituyente

En el número de «La Noche» correspondiente al pasado miércoles, día 10, he leído un artículo firmado por don Juan Carranza, en el cual se trata de una iniciativa justa y simpática. Lo es en realidad, pues consiste en la solicitud dirigida al gobierno por los electores del ex distrito de Valdeorras y los que hoy integran dicha circunscripción, para que se considere elegido a don Tiberio Avila, que los representó en las Constituyentes del 73.

He de decir, ante todo, que estas líneas van exentas de toda significación de material egoísmo partidista. Obedecen, tan sólo, a un muy legítimo deseo de que «las cosas queden en su punto», como vulgarmente suele decirse.

En primer lugar, consigno que en el número 13 de esta misma revista, correspondiente al viernes 8 del pasado Mayo, se publicó el suelto siguiente: «EL P. R. R. S. DE BARCELONA Y DON TIBERIO AVILA».

Sabemos que una comisión del Partido Republicano Radical Socialista de Barcelona ha elevado un escrito al gobierno provisional de la República Española, solicitando se reconozca el derecho de diputado en las próximas Cortes Constituyentes, al benemérito y viejo republicano don Tiberio Avila, único diputado superviviente de las Constituyentes españolas del 73.

Nos complacemos en señalar la coincidencia del hecho con el artículo que aparece en otro lugar de este número, ba-

duque de Berg, Murat) que salga el príncipe de la Paz y que nos lo deje cerca de nosotros para siempre, para acabar tranquilamente nuestros días juntos». El príncipe de la Paz era Godoy, a quien la reina, su amante, había cubierto de títulos, de condecoraciones y de dinero.

Y, para acabar, una anécdota, que nos pinta de cuerpo entero a los dignos monarcas.

En el mes de Marzo de 1800, habiéndose producido entre Godoy y la reina una pelea pasajera, ésta había tomado como favorito a un individuo llamado Mallo.

«Manuel — dijo el rey a Godoy —, ¿quién es ese Mallo, que tiene todos los días coches

jo el título «La República tiene un diputado».

Respecto de la veracidad de esta gacetilla no es lícito dudar toda vez que apareció después de enviado al gobierno el escrito a que la misma se refiere, firmado por un grupo de radicales socialistas de Barcelona, en nombre del partido, siendo la mía una de las firmas del escrito.

Ahora bien; yo, que en este momento me expreso por propia iniciativa, me atrevo, no obstante, a asegurar que el partido a que pertenezco ha de haber interpretado perfectamente el deseo de esos electores de Valdeorras, deseo que yo encuentro lógico e indiscutible.

El escrito elevado por nosotros no especificaba nada; pedía, tan sólo, que don Tiberio Avila fuera considerado diputado, sencillamente, por los derechos que le asisten para ello, toda vez que desde que fué elegido, en la primera República, hasta el advenimiento de la segunda, España se ha desviado fuera de los cauces jurídicos, viviendo en la extrañeza nacida del «golpe» de Pavía, por el que se anuló la voluntad y soberanía populares que han seguido postergadas hasta el 14 de Abril.

Y de que el escrito enviado por nosotros no determinaba qué circunscripción queríamos o creíamos que el benemérito ciudadano Tiberio Avila debía representar, se deduce que esta aclaración no puede llevar otra finalidad que el derecho de prelación en la propuesta.

M. F. T.

nuevos y caballos nuevos? ¿De dónde le viene el dinero para satisfacer gustos tan caros? — Señor — contestó Godoy, con la mayor seriedad del mundo —, Mallo no posee, es cierto, un maravedís; pero se dice que está sostenido por una mujer vieja y fea, que roba a su marido para pagar a su amante». El rey comprendió la alusión, soltó una gran carcajada, y volviéndose hacia la reina, que estaba presente, dijo: «Eh, María Luisa, ¿qué te parece eso? — Hombre, Carlos — replicó la reina —, ¿no sabes que a Manuel le gusta orinar?»

El valimiento de Godoy reaccionó después de esto con más fuerza que nunca...

Gonzalo de REPARAZ (hijo)

Los tiranos de América

Oscilaciones de un despotismo



JUAN VICENTE GOMEZ

El tético dictador de Venezuela, Juan Vicente Gómez, creía haber fundado para su patria un régimen de «paz y progreso», con veintidós años de asesinatos, de robos, de violación de toda ley — comenzando por la Constitución, naturalmente —, de concesiones al capital extranjero, en forma que compromete la economía y la integridad nacionales.

«Paz y progreso», decía el dictador hasta 1928, después de sofocar, con medidas que recuerdan atroces prácticas inquisitoriales, una docena de intentos por restablecer la normalidad. De 1921, databa el último pronunciamiento, y ya parecía consolidarse el «benemérito» despotismo.

Pero hace tres años, dieron los estudiantes — esos elementos nocivos, enemigos de toda paz y de todo progreso — un nuevo grito de libertad. Lo dieron en Febrero del año 28, y en Abril, respondió un cuartelazo. Lo repitieron en Octubre, y en 1929, respondieron cinco movimientos armados.

Hoy, nos anuncia el cable que el general Arévalo Cedeño ha dado un vigoroso empuje

desde la frontera colombiana, adueñándose de las poblaciones de Guazdalito, Achaguas, Yagual y poniendo sitio a San Fernando, la capital del Estado de Apure. La proclama de este incansable guerrillero que hoy invade por octava vez los dominios del tirano, dice de restablecimiento de la República, «perdida hace treinta años en las garras de la dictadura», de la fundación de universidades y escuelas, de fiel amistad con las naciones del mundo, pero sin monopolios. No pueden ser más subversivos los propósitos de los sublevados, de quienes pronto se dirá, oficialmente, que son bandidos, sedientos de rapiña... y pagados por el oro ruso, para no perder la costumbre.

Sin embargo, creemos que es ahora cuando tocan a su fin el bandidaje y la rapiña en Venezuela, tierra digna de otra suerte que la impuesta por sus verdugos.

Nosotros, enemigos de toda dictadura, esperamos ver a Gómez en la famosa Rotunda — como su compadre Leguía en la isla de San Lorenzo — aguardando el veredicto nacional.

LOS BORBONES DE ESPAÑA

CARLOS III

BREVE HISTORIA DE NUEVE MONARCAS DEGENERADOS

Por GONZALO DE REPARAZ (Hijo)

Por excepción nos encontramos ahora ante un monarca normal o poco menos. ¡Caso único en los Borbones de España!

Presentémosle.

«Habiendo muerto Fernando VI sin hijos, la corona de España pasó a su hermano Carlos III, príncipe inteligente y enérgico, y a quien incluso se creía ser fruto del adulterio. Tuvo trece hijos, de los cuales seis murieron en la infancia, dos murieron sin hijos; uno, Felipe, idiota, declarado incapaz para reinar, muere a los treinta años sin alianza.» (Doctor Jacoby, en su estudio sobre la degeneración y las familias soberanas, p. 371).

Vemos en el trono español a un Borbón inteligente; el caso se da por primera y última vez; un médico diría que nos hallamos ante un degenerado superior. El hecho es tan extraño que, para explicarlo, según nos dice Jacoby, ha habido que suponer que Isabel Farnesio no lo tuvo de Felipe V... ¡Tal es la opinión que ha reinado siempre sobre la capacidad de los Borbones!

Sin embargo, la falta de vitalidad de parte de sus hijos y las múltiples taras de los otros confirman que nos hallamos únicamente ante una de esas excepciones que aparecen en las series degeneradas.

En efecto, en sus hijos iremos viendo la continuidad de las taras degenerativas.

María Luisa, nacida en 1745, se casa en 1765 con Pedro Leopoldo, gran duque de Toscana y después emperador de Alemania. Sus retratos nos delatan su fealdad y nos dicen que si en ella el prognatismo familiar era poco pronunciado tenía en cambio un aplastamiento lateral del rostro y un considerable aumento del diámetro vertical del mismo, lo que bien a las claras nos prueba su estado degenerativo. (Las deformaciones óseas son el estigma más claro.)

Felipe, el hijo mayor, duque de Parma y de Plasencia, debía suceder a su padre en el trono de Nápoles, al pasar éste al de España. Pero esto no pudo hacerlo por hallarse Felipe sujeto a ataques de epilepsia, siendo por lo tanto incapaz de reinar. Carlos III será el mejor testigo sobre el estado de su hijo. En la solemne proclamación que leyó

en Nápoles al acceder al trono de España decía:

«Entre los cuidados y las graves atenciones que me ocupan por la muerte de mi augusto hermano Fernando VI, me encuentro llamado a la corona de España; «la imbecilidad notoria de mi hijo mayor» fija particularmente toda mi solícitud. Un número considerable de mis consejeros de Estado, un miembro del consejo de Castilla, otro de la cámara de Santa Clara, el teniente de la Sommalia de Nápoles y la junta entera de Sicilia, representada por seis diputados, me han expuesto unánimemente que, después de haber intentado todos los medios posibles, no han logrado descubrir en el desgraciado príncipe, mi hijo mayor, el menor rastro de juicio, de inteligencia, ni de reflexión, y que no habiendo cambiado este estado desde su infancia, no sólo es incapaz de sentimientos religiosos y se halla privado de todo uso de razón, sino que no aparece para lo porvenir ni el más pequeño vislumbre de esperanza.»

A su segundo hijo, a Carlos IV, rey de España, le dedicaremos el capítulo que le corresponde, y veremos que no hará mal papel en la serie de Borbones desequilibrados que han reinado en el desgraciado teatro de las hazañas de la dinastía...

Fernando Antonio Pascual Juan (nacido en 1751), suce-

dió a su padre en Nápoles en 1759. Oigamos al doctor Jacoby (p. 372):

«Fernando IV, rey de Nápoles, tronco de aquella dinastía de los Borbones de Nápoles, cruel, pérfida, ininteligente, y que acabó por ser expulsada del trono y del reinado por un puñado de voluntarios.»

Antonio Pascual, era un perfecto tonto a quien dedicaremos unas líneas más adelante.

**

La educación de Carlos III había sido defectuosísima y correspondía a lo que podía ser la instrucción que se daba a los príncipes bajo la dirección de un padre que calzaba los puntos de Felipe V.

Edificamos sobre el particular la siguiente anécdota que Villa Urrutia publica, después de recordar que «la educación de príncipes e infantes, materia ardua de suyo, lo era aún más en la corte de España, donde dejaba mucho que desear, y de ello es buen ejemplo lo que contaba el sabio obispo don Antonio Tavira.

«Quejose en una ocasión a Carlos III el preceptor de los infantes, Pérez Bayer, de la desaplicación del infante don Antonio Pascual, que era, además, tonto, y el rey, sin responder al preceptor en derecha, dijo:

«Cuando yo era muchacho, mis maestros, que veían mi poco amor al estudio, me amenazaron repetidas veces que se

lo dirían al rey, mi padre; casi siempre surtía buen efecto la amenaza, pero duraba poco la enmienda. Así, determinaron por fin quejarse al rey, y hubo orden de llevarme a su presencia. Dicho se está que yo llegué temblando y del todo sobrecogido. Mi padre, al verme, dijo a mis ayos con grave ademán que acrecentó mi temor:

—¿Conque el infante no quiere estudiar?

—No, Señor — respondieron ellos.

—Pues si no quiere estudiar, que no estudie.

Con esto volvió la espalda y se fué. Yo que tal oí, di dos zapatas en el aire y desde entonces no volví a abrir un libro.»

«Tavira añadía que Pérez Bayer, que había trabajado con fervor hasta allí para educar a los infantes, se enfrió y les dejó después hacer su voluntad.» (Marqués de Villa Urrutia, «Fernando VII, Rey constitucional», pp. 10-11.)

**

Tenía ya 43 años Carlos III cuando sucedió a su hermano Fernando VI.

Su físico no podía ser más desagradable; pequeño de estatura, con los hombros redondos, los ojos pequeños, una nariz disforme, muy larga y ancha, que caía sobre una boca desdentada.

La vestimenta rústica de Carlos III delataba el poco cuidado que ponía en vestirse. Gastaba unos pantalones de piel cuyos bolsillos parecían dos alforjas, tan llenos los llevaba siempre, y gastaba sus guantes hasta que se caían a pedazos.

Fernán Núñez, en su historia de este rey, nos revela varios detalles curiosos. Metíase, de mal humor, por encima de la chaqueta de caza, un traje de rico tejido, con botones de diamante a veces. Con él debía esconder enteramente su traje de debajo, pero no siempre lograba cubrirlo del todo. Así vestido, se presentaba en la corte, en la capilla, en los besamanos; y en cuanto acababa la ceremonia volvía a su cuarto soltando un gran suspiro de satisfacción y exclamando: «¡Gracias a Dios! ¡Ya se acabó!», como si se hubiese quitado de encima un gran peso... Después se iba de caza.



ALFONSO XIII Y LA URNA ELECTORAL

("Notenkraker", Amsterdam.)

LA PRENSA FRANCESA Y NUESTRA REPUBLICA CONSIDERACIONES Y COMENTARIOS

En estas horas de serenidad e indulgencia común, no estará de más apuntarnos para so-laz de nuestros lectores republicanos, comentarios y manifestaciones del pueblo y la Prensa francesa, ante el triunfo de la revolución española.

Francia, el pueblo francés, recibió la proclamación de la República con entusiasmo delirante.

Recuerdo que un agente de la Policía francesa preguntaba un poco asustado al capitán Piaya:

—¿Supongo que ustedes no harán con el rey Alfonso lo que nosotros hicimos con Luis XVI?

Para bien de España y de su historia, se pasó de una Monarquía que ya rayaba en el

De su mujer, María Amelia, traza un historiador un retrato poco favorable. «Se parecía más a un hombre que a una mujer. Tenía labios gruesos, facciones muy acentuadas, una voz estridente y un carácter impaciente que no sufría la contradicción. Cuando se encelerizaba, llegaba a pegar a sus camareras... El rey la consultaba amenudo y utilizaba sus consejos; pero cuando la reina se irritaba, cosa que le sucedía con frecuencia, fracasaba ante la impasibilidad en que se encerraba el soberano.» (François Rousseau, «Régne de Charles III d'Espagne», París, 1907.)

Con mencionar su gran manía, también hereditaria, la caza, habremos acabado de esbozar el retrato del menos desequilibrado de los Borbones. Perpetraba verdaderas hecatombes. Salía indefectiblemente todos los días del año, hiciera el tiempo que hiciera, salvo únicamente el jueves y viernes santo. ¡Y estos días estaba intratable! El historiador inglés Coxe refiere sabrosas anécdotas sobre este particular y da algunas cifras, contándose por millares las piezas que cobró el antepasado de Alfonso XIII, el de los cotos...

En descargo de Carlos III, diremos que supo rodearse de ministros capaces, y que su administración fué la mejor que tuvo España durante siglos.

Gonzalo de REPARAZ
(hijo)

absolutismo, a un régimen democrático, con la mayor naturalidad.

Hora es ya, de que aparezcamos ante el mundo como un pueblo supercivilizado.

En Francia, en Inglaterra, ha sonado mucho el nombre de Cataluña, por ser la nación catalana, el crisol donde se funden los valores de una raza que asombra por su genio productor.

¿Para qué escuchar la voz en «falsete» de ciertos elementos de Prensa a tanto la línea que nos combatieron? Periódicos prostituidos que por unos miles de francos atacaron vergonzosamente al Gobierno provisional de la República.

El pueblo francés en general, aplaudió ese gesto cívico de España. ¡Romper las cadenas y dar paso a la libertad!

Yo mismo pulsé la opinión en diversos sectores de Francia. De ello puedo dar fe.

Copiaremos algunos comentarios de periódicos parisinos después de implantado el régimen.

«Le Populaire», refiriéndose a la figura de Franco, decía: «Franco, no solamente es un hombre enérgico de acción, sino asimismo un hombre de corazón que hace honor a la República española.»

El mismo periódico, comentando también el triunfo de la democracia:

«...esperemos que la fuerza que el proletariado organice de el Partido socialista y la U. G. T. poniéndose a disposición del Gobierno provisional sea suficiente para hacer imposible toda acción de los enemigos de la República y de los privilegiados del antiguo régimen.»

Gabriel Peri, decía en «L'Humanité», periódico comunista:

«Alfonso sólo ha renunciado al trono circunstancialmente, y entendiendo que confía en recuperar la corona de España en muy breve tiempo. ¿Es que no le merece seguridad estable el nuevo Gobierno Zamora-Caballero? Así que se aplicará a organizar sus partidarios en el extranjero.»

Y termina diciendo: «París, que es ya el cuartel general de la «racaille» zarista, será mañana el centro de conjuración de los grandes de España.»

Henri de Kérillis, en el «ECHO de París», apuntaba:

«La revolución española es una «revolución» electoral.»

Henri de Kérillis, periodista moderno de amplia visión, ha resumido en dos líneas todo el motivo: «la revolución española ha sido una «revolución» electoral.»

Una revolución legal que puede dar un ejemplo de sensatez a todos los países del mundo.

La mayor prueba de confianza fué la estabilidad de la peseta desde los primeros momentos. Trabajo y orden. Como dijo Indalecio Prieto, bastaban para sostener nuestra divisa.

Este es el único secreto para que la peseta no se menosprecie en Bolsa.

Y mientras el pueblo ayude moralmente a la obra del Gobierno, habrá paz y trabajo. Ahora que también el Gobierno es preciso resuelva con hechos la crisis de trabajo. Porque con doctrinas y arengas no se come. Hay que dignificar el proletariado. Educar su cerebro y su estómago con «hechos».

En cuanto al ministerio de Instrucción pública, hay al frente un hombre como Marcelino Domingo, de una comprensión honda en lo referente al problema de las escuelas rurales, que han sido siempre el blanco de la crítica internacional.

Escuelas, trabajo, organización, y responsabilidades.

Esperemos lo que se resuelva en las próximas Constituyentes, de donde saldrá la estructura orgánica de la futura España.

A un Gobierno constituido ya oficialmente, se le podrá exigir con apremio de tiempo la obra saneadora de la República. Ya que hoy día, vemos aún un gran alarde de fuerzas monárquicas y otros elementos apretistas por los ministerios y centros oficiales.

Porque de continuar así la cosa, para eso, señores, no merecerá la pena de haber hecho una revolución.

Luis Sáinz de MORALES

CENTRO ENCICLOPÉDICO DE CULTURA Muntaner, 27, pral. - Teléf. 32.399 - BARCELONA NUEVA GEOGRAFIA UNIVERSAL



Este es el libro más bello

el más interesante: ofrece los primeros mapas, en lengua española, de los nuevos Estados soviéticos, República de Irlanda, nuevos Estados de la Europa Central, nuevos límites de Austria, Alemania, etcétera.

Nadie debe desconocer el Mundo en que vive. El Mundo de hoy no es igual al Mundo de ayer, y, por lo tanto, una Geografía antigua no sirve a un hombre moderno.

en la **Nueva Geografía Universal**

Se estudian los climas, las costumbres, las religiones; en su ilustración destilan, como cinta cinematográfica, todas las bellezas del Mundo: paisajes, ciudades, monumentos, costumbres.

58 mapas en color, tamaño 23 por 32, muchos a doble página, ilustran la obra.

352 mapas en negro.

1.212 maravillosas ilustraciones fotográficas.

549 cuadros estadísticos.

1.690 páginas en tres tomos admirablemente encuadrados en tela roja y oro.

Esta es la magnífica obra que no puede faltar en toda biblioteca del hombre culto, porque nadie se puede excusar de conocer el Mundo en que vive.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

¡Llene hoy mismo el Boletín de compra, a plazos de 6'60 pesetas, el primero a la recepción de la obra y los restantes de 4'95 pesetas cada mes hasta la completa liquidación de 165 pesetas.

Nombre y apellidos

Profesión calle número.....

Pueblo Provincia

FIRMA

LOS BORBONES DE ESPAÑA

CARLOS IV

BREVE HISTORIA DE NUEVE MONARCAS DEGENERADOS

Por GONZALO DE REPARAZ (hijo)

Bajando la pendiente de decadencia, la familia borbónica llega en esta generación al grado más vil de estupidez y de bajeza, hasta el punto de vender su patria al extranjero.

Oigamos cómo nos presenta a Carlos IV el doctor Jacoby (p. 372): "Monarca de inteligencia limitada, de carácter duro, completamente dominado por su mujer y que no tuvo en su vida más que dos sentimientos vivos: su amistad por el amante de su mujer, que era un hombre corto, astuto y cobarde, con todos los vicios y ninguna cualidad, y un odio implacable hacia su hijo, que fué un tirano sanguinario, cobarde y pérfido, muy vicioso y estúpidamente devoto."

Del corpanchón de Carlos IV se había ausentado la voluntad. Era de una abulia perfectamente imbécil. El 14 de diciembre de 1788, el mismo primer día del reinado, empieza ya María Luisa a mandar.

"En este día primero ambos recibieron a los embajadores de familia y ambos despacharon juntos con los ministros de Marina y Estado, quedando desde la primera hora establecida la participación del mando en favor de la reina, naturalmente y sin esfuerzo alguno." (Nota original de Jovellanos, publicada por José Gómez d. Arceche en su "Reinado de Carlos IV", tomo I.)

Desdevisés du Désert nos pinta al rey como hombre de estatura elevada, pero de frente deprimida, ojos apagados, boca entreabierta, que marcaba su fisonomía con un sello inolvidable de bondad y de debilidad. Nada delata mejor su carácter que los cuadros de Go-

ya. Era un buen gigante, fácil de conducir y tonto, pero con ataques de violencia terribles a veces. La caza, la esgrima, la lucha y el boxeo con palafreneros y marinos había desarrollado su fuerza física y su energía natural: un día se le vió precipitarse, espada en mano, sobre Esquilache. Todos los esfuerzos de sus preceptores y de su padre tendieron a

refrenar esta voluntariedad ciega, pero sólo se llega a ello a costa de atrofiar completamente su voluntad (Desdevisés du Désert).

En cierta ocasión maltrató a dos personajes eminentes: el marqués de Grimaldi y el conde de Aranda: a uno le dió una bofetada y al otro un bastonazo (Morel-Fatio, "Etudes sur l'Espagne", segunda serie).

Era devoto, pero con una devoción cuya finalidad era alcanzar el paraíso sin gran dificultad. "Oye varias misas diariamente e instala nacimientos y capillas en sus habitaciones."

Su instrucción había sido muy poco cuidada, igual que había sucedido, según sabemos, con sus predecesores y lo mismo que había de pasar con los demás Borbones de España.

Trató de completarla poste-

riormente con lecturas. Placía le la pintura y la música y era un buen dibujante de jardines.

Tenía, por otra parte, aficiones y gustos ridículos y pueriles. Había hecho construir una fragata minúscula, que botó al agua en los estanques de Aranjuez, y había adornado su retrete como un lujoso tocador...

Tenía además la manía de las colecciones. Primero, relojes; después, ya en Roma, cuadros, pero sin olvidar la relojería.

Poseía miles de relojes de todas formas y tamaños, que le absorbían mucho tiempo. Fueron, puede decirse, los únicos objetos de que este monarca se preocupó cuando cedió el trono a su hijo Fernando. De todas sus riquezas, sólo los relojes le preocuparon y vigiló él

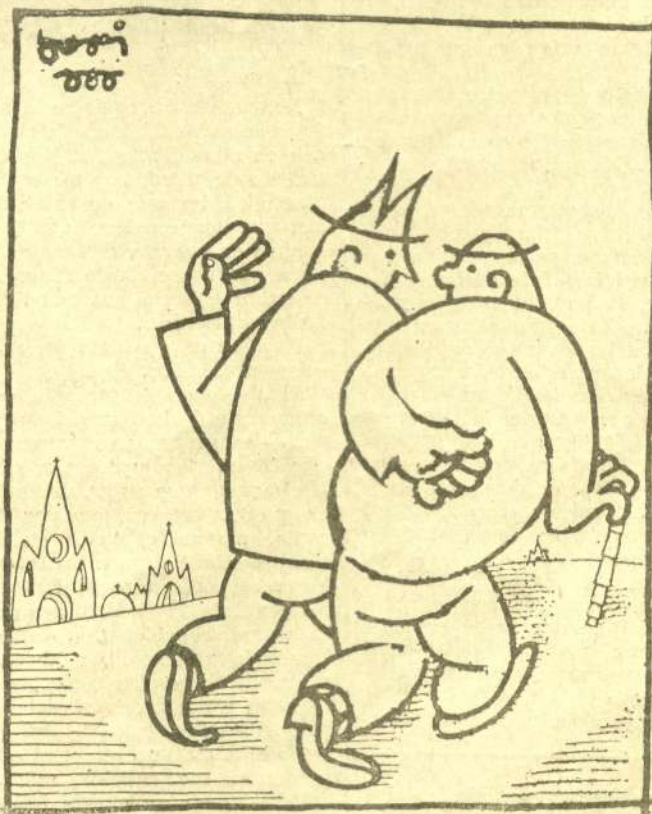
mismo el embalaje al salir de España. Este tesoro le acompañó siempre a todos los sitios que habitó. El piso que ocupaba en el palacio Borghese estaba lleno. En su dormitorio tenía varias docenas y su gran ocupación, su única ocupación, era cuidarse de ellos de manera que su marcha fuera exacta y uniforme (Bausset, "Memorias", tomo IV).

*

No era raro ver al católico rey de España y de las Indias conceder cada día un cuarto de hora a los asuntos de Estado y pasar horas enteras con torneros, armeros o criados de cuadra. "Carlos IV sería clasificado por los alienistas modernos en la clase de los semi-imbéciles, capaces de recibir cierta instrucción, pero desprovistos de la más mínima dignidad y de la más mínima energía (Desdevisés du Désert).

Como en Roma conocían el gusto del proscrito por la música, pusieron a la disposición del ex rey los cuatro músicos mejores de la orquesta del Gran Teatro, para formar un quinteto. Una noche, Carlos IV les hizo ejecutar bajo su dirección los célebres quintetos de Boccherini; el concierto empezó cuando lo indicó el rey, con toda la gravedad de un director de orquesta: fué una cacofonía espantosa. A los pocos minutos volvió el rey al salón inmediato, en el que se encontraban la reina, los infantes y Godoy, abandonando a los músicos a su propia dirección.

"Ya lo veis—les dijo el rey, secándose el sudor con su pañuelo rojo, con el violín bajo el brazo y el arco en la mano—; ya lo veis, ya lo oís: ¡no pueden seguirme! ¡Ah! ¡Si al menos tuviera yo aquí mi violoncelista Dupont! ¡El sí que me seguía! ¡Pero estos romanos no pueden; es demasiado duro para ellos!" En efecto, no se atrevían, como Dupont, a saltar tres o cuatro líneas, cosa que hacía a lo mejor el rey, y que, según parece, era bastante frecuente



YA ERA HORA, por Gori.

—ESTO NO NO HICIERON LAS IGLESIAS PROCESSION DEL CORPUS.

—ESTE AÑO "LA PROCESSION VA POR DENTRO".

("Memorias", de Bausset, tomo IV).

No era raro que Carlos IV empezase solo un trozo musical de conjunto, y ante las observaciones de su primer violinista, el rey le contestaba con gravedad ¡que EL no era quien para esperarse!...

✱

Además de la monomanía de la caza, había heredado Carlos IV de sus antepasados el carácter silencioso y lacónico. Casi excepcional fué el largo discurso que pronunció en Barcelona cuando en ella se encontraba la corte en 1801.

Después de múltiples fiestas, en la noche del 7 de noviembre se hizo una representación alegórica ofrecida por los colegios y gremios, a cuyos delegados, al besarle la mano, se dignó el rey dirigirles en su estilo lapidario el siguiente discurso, el más largo de cuantos pronunció en Barcelona: "Nos vamos porque es preciso; lo sentimos; no nos olvidaremos de vosotros; os quedaremos agradecidos y estamos muy contentos, porque hemos visto lo mucho que nos queréis." Y no hay que decir que Carlos IV, por no perder el tiempo y la costumbre, salió también de caza algunos días (Villa Urrutia, "Fernando VII, Rey Constitucional").

En realidad este pobre hombre sin voluntad y sin inteligencia, no reinó ni gobernó. Gobernaron por él su mujer y el amante de su mujer, Godoy, elevado de Guardia de Corps nada menos que a Príncipe de la Paz. Si estaban tan ayunos de meollo como Carlos, tenían en cambio bastante más voluntad, y se apoderaron del país...

El pobre monarca no desempeñaba más papel que el de un autómatas. Era la reina quien preparaba los documentos que el rey debía firmar, y Carlos IV los firmaba casi siempre sin leerlos.

Este matrimonio triangular se quería entrañablemente. No era menor la afición que el rey sentía por Godoy que la que profesaba a la reina.

Invitado a cenar, con María Luisa, por Napoleón y Josefina, no viendo en la mesa más que cuatro cubiertos, exclama: "¿Y Godoy, señor? ¿Y Manuel?..." Napoleón, sonriendo, mandó a buscar al amante de la reina, sin cuya compañía no podía pasarse el marido...

Como el verdadero rey fué María Luisa—que también era una Borbón, y prima del rey—vale la pena que le dediquemos capítulo aparte, para ver en qué

A los obreros de Cataluña y de toda España

A vosotros, obreros todos, que tan generosamente supisteis colaborar al triunfo de las ideas republicanas, es exclusivamente a quienes me dirijo hoy.

Instaurada ya la República, vacías las cárceles de hombres que sólo por sus ideas se vieron encerrados por gobiernos arbitrarios, capacitados bien de que jamás gobierno alguno como el del pueblo, el que vosotros mismos elegisteis, podrá dar satisfacción cumplida a vuestras justas demandas.

Y en esta hora única de prueba, en esta hora de reconstrucción nacional en que precisa organizar todo cuanto desquiciaron los nefastos gobernantes del anterior régimen, es cuando más pruebas de serenidad y de sentido práctico se os piden, y debéis dar. Es en favor de la República naciente, que os lo pido, y es también porque creo sinceramente, que es asimismo en favor vuestro.

Quien estas líneas escribe hizo junto a vosotros, y en periódico tan obrerista como vuestro diario, «Solidaridad Obrera», diversas campañas en favor de vuestras justas causas. En defensa también de cuantos injustamente, sólo por sus ideales, sufrían en las prisiones.

Vuestras exigencias ahora, en estos momentos anteriores a las elecciones de diputados, pueden perjudicar al régimen republicano.

Las Cortes, una vez ya constituidas, se irán preocupando de realizar, en la medida que la justicia señale que debe hacerse, de dar solución a los problemas todos que afectan a la vida del país. Y no debéis dudar de que este gobierno, como ningún otro, tendrá un marcado interés en resolver los vuestros.

No olvidéis que los enemigos de la República están aún al acecho. No les déis, con vuestras actitudes extremas, motivo de regocijo, no hagáis inconscientemente su juego.

Antes, al contrario, prestadle generosamente, con la generosidad de que os sé capaces, una vez más y tantas como fuese necesario, vuestro valioso apoyo.

Apoyándola y defendiéndola,

manos estuvo España en los momentos más trágicos de su historia y más arduos de la política europea: en tiempos de la revolución francesa y de Napoleón.

GONZALO DE REPARAZ
(hijo)

defendéis asimismo vuestros derechos y reivindicaciones.

Si los gobiernos de las pasadas dictaduras os clausuraban vuestros sindicatos, os encarcelaban vuestras directivas, os amordazaban vuestra prensa y os dificultaban vuestra vida social, si un régimen de despotismo e iniquidad, durante ocho años de oprobio, os privaron de ejercer todos vuestros derechos de hombres, no queráis ahora, que son otros tan distintos quienes rigen los destinos de la Nación, con vuestras inquietudes, prisas y exigencias, coincidir lamentablemente con los que están creando toda clase de obstáculos y entorpecimientos para dificultar el cur-

so normal que precisa sigan todas las cosas.

Es la hora de la serenidad, de la reflexión y de la calma.

Es la hora, asimismo, antes que de nada, de no dejar de prestar nuestro incondicional apoyo al nuevo régimen.

Con ello, haréis un gran bien a la República, que significa una nueva era de libertad.

Libertad que con tanta alegría, corrección y entusiasmo supisteis celebrar las masas obreras españolas, el no lejano 14 de Abril.

Y esta nueva era de libertad es para vosotros, no debéis olvidarlo, la única que puede, comprensivamente, dar plena satisfacción a vuestros problemas pendientes.

Por la República, por vosotros mismos, no dejéis de estar a su lado y disputaos el honor de ser los primeros en defenderla.

El Duende de las Ramblas

CATOLICOS ESPAÑOLES: ANTES DE HABLAR DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA, MIRAD HACIA LA ITALIA MONARQUICA Y FASCISTA



Excmo. Sr.:

No, no me he equivocado al llamarle excelentísimo señor; yo, que en otros tiempos le habría tratado de usted, hoy me complazco en tratarle de excelencia, porque conviene que de cuando en cuando, se haga así, para que no se olvide España de quienes fueron sus mal llamados «Grandes».

Y, sobre esto, nada más, excelentísimo señor.

El objeto de la presente — como suele decirse en estos casos — es preguntar a vucencia: ¿de manera que ahora, sí? ¿De manera que antes, vucencia y otras «vucencias» por el estifo, ponfan el grito en el séptimo cielo cuando nosotros los verdaderos representantes, los genuinos representantes de la voluntad nacional, declaráramos la abstención, y ahora, vucencia y esotras «vucencias» la recomiendan y casi la prescriben facultativamente?

No está mal, no está mal en principio, excelentísimo señor.

Pero tengan en cuenta todos los excelentísimos señores que las circunstancias han variado notoriamente, aunque les pese.

En aquel entonces, nuestra concurrencia al mercado había sido una cooperación al fraude, a la sustracción del soberano querer colectivo y de

su sentir soberano. En aquel entonces, docena y media de excelentísimos, reverendísimos, ilustrísimos y eminentísimos señores nos pedían a nosotros, a los pequeños, que somos los únicos verdaderamente «grandes», que dijéramos que «no», con la condición de que toleráramos después oír que habíamos dicho que «sí».

Ahora no se trata de esto; ahora se trata de que todo el mundo diga lo que quiere, a condición de que después, todo el mundo vea que, en efecto, lo que se sabe que ha dicho es lo que le dió la gana. ¿Está esto diáfano?

Pero hay más. Hay que, si bien nosotros mantuvimos el abstencionismo, que entonces valía tanto como decir patriotismo y dignidad, no fué por miedo. Fué por falta de libertad; y la prueba la dimos no «absteniéndonos», tan pronto como se nos concedió un poquitín de ella; sólo un poquitín, una miaja, una «miqueta», como decimos aquí en el Ebro.

Hoy, vuestras excelencias, reverencias, ilustrísimas y eminentísimas, tienen mucha más libertad que la que a nosotros se nos dió. Buena prueba de ello es, excelentísimo señor don Torcuato, esta de que «A B C» haya vuelto a los quioscos.

Y, sin embargo, vucencia dice: ¡Absténeos!

¡Ah, ah! De manera que ahora ¿sí?

¡Oh, los patriotas, los integros y los ecuanímenes!

(¡Y los farsantes como V. E., excelentísimo señor!...)

U. R. DE LA CALLE

LOS BORBONES DE ESPAÑA

FERNANDO VI

BREVE HISTORIA DE NUEVE MONARCAS DEGENERADOS

Por GONZALO DE REPARAZ (Hijo)

Al morir Felipe V, le sucede Fernando VI, único hijo que le quedaba de su casamiento con María Luisa de Saboya. Fernando reinó de 1746 a 1759.

Hijo de madre tuberculosa y de padre atacado de locura melancólica, Fernando VI dió bien pronto muestras de su desequilibrio.

Su juventud había sido muy melancólica en aquella corte de Madrid, donde su madrastra, Isabel Farnesio, le trataba con gran frialdad.

Sabía Isabel, con toda seguridad, que el príncipe de Asturias no podría tener posteridad y que la corona iría a parar a manos de su propio hijo, D. Carlos, rey de las dos Sicilias; así es que no tuvo miramiento alguno hacia un príncipe que no podía favorecer sus proyectos ambiciosos; lo consideró siempre como una cantidad despreciable.

La corte de Francia tuvo informes muy exactos sobre la enfermedad de Fernando. He aquí, en efecto, lo que se lee en un despacho de La Marck a Amelot, fechado el 19 de enero de 1739 y conservado en los archivos de "Affaires Etrangères", de París:

"Aunque por su gran juventud se encuentran en él los movimientos necesarios para contentar a una mujer, sin embargo le faltaba, "naturalmente", lo que por artificio se quita en Italia a los que se quiere hacer entrar en la música, de manera que el príncipe tenía muchos fuegos, pero no producía ninguna llama, ni resultado alguno propio a la generación."

Veamos cómo nos presenta el doctor Jacoby a este rey, en su obra sobre la degeneración de las estirpes soberanas:

"Fernando VI, nos dice, se había casado con Magdalena Teresa, hija de Juan V, rey de Portugal. Hijo y sucesor de Felipe V, había heredado la enfermedad mental de su padre. Atormentado por el temor perpetuo de la muerte, estaba huido en la más sombría melancolía. De una piedad ardiente, era, como Felipe V, esclavo de su mujer, princesa muy fea,

monstruosamente corpulenta, más que estafalaria, tan melancólica como su marido, pero amable e inteligente. El rey y la reina sentían una pasión por la música, que iba hasta la excentricidad. Después de la muerte de su mujer, Fernando VI cayó en una postración completa, se condenó a la soledad, al silencio y a la abstinencia. Durante un año entero no cambió de ropa, no se vistió y ni se acostó en una cama, durmiendo a veces media hora en su butaca, y murió a la edad de cuarenta y siete años, un año después que su mujer. Entre otras rarezas de la reina, estaba obsesionada por el temor perpetuo de caer en la miseria, después de la muerte de su marido, idea que la hacía muy ávida. Pues

bien; al producirse la muerte del rey, un año después que la de su mujer, se encontraron en su cuarto setenta y dos millones en monedas, en el momento en que el Estado se encontraba en la mayor penuria de dinero."

*

Al morir la reina, como hemos visto ya, el rey cayó en un estado de depresión del que nada le podía hacer salir. Se encerró en el castillo de Villaviciosa, sin pronunciar una palabra, negándose a tomar conocimiento de los asuntos del Estado, de manera que no pudo redactarse una sola Memoria ni despacharse una sola orden.

Nada, ninguna medicina—ni aun los cantos de Farinelli—le

podían hacer salir de su postración.

Lord Bristoj escribía lo siguiente al célebre ministro inglés Pitt, el 13 de noviembre de 1758:

"El rey católico continúa en Villaviciosa, sin que se tenga esperanza alguna de variación en su salud... No quiere que le afeiten y se pasea en bata y camisa; ésta no se la ha cambiado desde hace un tiempo increíble. No se ha acostado durante diez noches... No quiere acostarse, porque se imagina que cuando esté en esta posición se morirá."

El barón de Gleichen, en sus "Recuerdos", nos dice que "Fernando VI había heredado de su padre su enfermedad del Dios de los jardines, y el terror maniático de que se quería atentar contra su vida. Esta doble irritabilidad, moral y física, lo había hecho aún más dependiente de la reina María Teresa de Portugal, su mujer, que Felipe V lo había sido de la suya".

A lo que añade el doctor Cabanés "que los dos esposos, atacados de lipemania (locura melancólica)—los alienistas conocen perfectamente estos casos de "locura de dos"—, no hallaban, tanto el uno como el otro, un alivio en su melancolía habitual más que cuando oían el canto del tenor Farinelli, quien, por otra parte, nunca hizo mal uso de su favor.

Acabó de desarreglar la razón del desgraciado Fernando la noticia de la tentativa de asesinato contra Luis XV, a la que al poco tiempo siguió otra contra el rey de Portugal.

Cuenta en sus Memorias el barón de Gleichen que, al tener noticia del último de estos atentados, Fernando "se orientó en su cuarto de manera de tener a Francia a su derecha y a Portugal a su izquierda, y blandiendo la carta después de volverla a leer, vociferó, tras un largo silencio: "puñalada por allí, pistolatazo por aquí, y yo en medio. ¡Ay de mí!" Y después de esto, se escondió bajo la cama de la reina, que estaba frente a la suya. ¡Sólo se le pu-



¡O TERROR D'A REPUBLICA!, por MENDA.

Las reuniones "comunistas" de moda.

do sacar de allí con gran dificultad!

"Al verse su mujer atacada de viruelas—dice Cabanés—, se mostró muy afectado; por este motivo tuvo que imponerse "privaciones que llevaron al colmo sus furiosos afrosiáticos". Ha llegado, incluso, a escribirse que quería violar a la moribunda hasta en su agonía.

Después de la muerte de su mujer, su estado mental empeoró—aunque esto parezca cosa difícil—. Hubo que llevarlo a la Casa de Campo, "donde, un vez llegado—dice el barón de Gleichen—, se colgó del gentil hombre de cámara hasta hacerlo caer al suelo; hubo necesidad de separarlo a la fuerza."

Durante una semana se negó a comer en absoluto; al cabo de este tiempo, se hartó de comida. "Este círculo vicioso de ayunar, lastarse y estreñirse, duró varios meses." Esforzándose en no evacuar nada, "sentándose en los pomos puntiagudos de las sillas antiguas de su cuarto, de los cuales hacía taponos".

*

En su libro "La Medicine a travers les siècles", el doctor J. M. Guardia, ha publicado la Memoria del doctor Piquer, que cuidó a Fernando VI. Tenemos así datos concretos sobre el estado mental de este monarca, que, a la impotencia, unía la locura.

En apariencia, el rey tenía el cuerpo sano; pero, según Piquer, todas las funciones languidecían, y de noche su cabeza estaba inundada de sudor. Los ataques agudos de melancolía se sucedían; antes de 1785 tuvo una que duró trece meses.

Su melancolía se acentúa al acercarse el fin de su vida, y le dan verdaderos ataques de locura furiosa. Echa a la cabeza de sus servidores vasos y platos, trata de estrangularse con sus sábanas, con sus servilletas; siente grandes terrores y lanza gritos agudos; pronuncia palabras desconexas, tiene errores groseros de los sentidos, pierde la memoria. Suplica a los asistentes "que le den ideas, ya que su cabeza está vacía"; decía que no tenía pensamientos, y que era forzoso morir por falta de ellos" (doctor Piquer).

El 6 de agosto de 1759 le da un ataque de epilepsia, quedando sin palabra, y tres días después tiene dos ataques más, a consecuencia de los cuales pierde los sentidos y queda paralizado. Muere el 10.

Fernán Núñez, en su "Vida de Carlos III", nos da otros detalles sobre Fernando VI y su enfermedad.

Los hombres de "La Lucha"

¡Aquel pobre Layret!...

Era en 1916. Septiembre. Unos cuantos redactores de "La Publicidad", descontentos por cuestiones espirituales con la dirección, iniciada en aquel viejo y republicano diario, unieron sus energías, y ayudados por unos amigos, fundaron una hoja de combate: "La Lucha".

Dirigía el periódico Marcelino Domingo, diputado de aquellas Cortes, y era su redactor jefe el gobernador actual de la República, en Barcelona, Luis Companys. Con ellos, Paquito Aguirre (hoy, por méritos de valía, redactor jefe de "La Noche" y corresponsal de "El Sol" y "La Voz"); Antonio Marsá, padre de Graco; Angel Samblancat, el siempre independentista, entonces, luego y ahora; Rosselló, el simpático ibicense, presidente de honor del Sindicato de Periodistas y redactor actual de "El Diluvio"; Jesús Pinilla, el excelente camarada; Emilio Palomo, Girao Homedes, Iribarne y Pastors, ya fallecidos, los pobres. El último de todos, yo, en aquel tiempo, "El Cabo Tres Forcas", alternando con Domingo en la campaña de "Marruecos, sangría y robo". Y, como espíritu animador, como apóstol joven de aquella pléyade entusiasta, el immaculado Francisco Layret.

Layret era un verbo. Nada más y nada menos. Su destrozado individuo, su humanidad lamentable, apresada en un arse-

nal de aparatos de ortopedia, que chirriaban trágicamente al ponerse en movimiento, producían una tristeza inconmesurable. Al subir aquellas escaleras de la Redacción de la calle de Aviñó, las piernas, como trapos, causaban un efecto que diríamos lastimoso, si la lástima no fuese ofensiva. Pero, todo lo que la carne miserable, la armazón perecedera había negado a Layret, estaba compensado sobradamente, generosamente, en la parte espiritual y moral.

Hablando de su rectitud, me dijo un día Companys: "Antes que cometer una injusticia por favorecer a un amigo, no le importa nada a Layret perder la amistad del pediguño. Ha sido concejal, y es de los pocos que han salido del Ayuntamiento con el mismo dinero con que entraran o, quizá, con menos." No puede ser sospechoso el paignirista.

Oyéndole hablar en público, se daba uno cuenta de su valía indiscutible. Era entonces cuando el hombre se hacía verbo, cuando el tesoro de energías de aquel glorioso mutilado de la paz se desbordaba, concretando el concepto, puliendo lo frase que, no por ello, perdía lo rotundo de su intención. No tenía necesidad, en la riqueza de su oratoria, de apelar al latiguillo chabacanó ni al insulto grosero, de que tanto abusa el orador pobre de ideas. Consideraba al

Cuando se encerró en su castillo de Villaviciosa, sus monomanías aumentaron, según sabemos ya. Un día se encerraba en su habitación y se negaba a abrir, incluso para oír misa, aunque era muy devoto. Otro día le daban ataques repentinos de furor, mordiendo los vasos de plata con que le habían substituído los de cristal. Por fin, se acostó, y no quiso volverse a levantar, haciendo en su cama todas sus necesidades, que luego lanzaba contra los que a él se acercaban, utilizándolas como proyectiles...

Hemos dicho que su placer favorito fué la música y que, lo mismo que su padre, Farinelli, con sus canciones, era la única persona que lograba aliviar algo su melancolía.

Fernando VI lo nombró intendente de teatros y espectáculos de la corte. Mientras su país estaba arruinado, se organizaban fiestas espléndidas en el

Retiro y en Aranjuez, cuyos bosques se iluminaban profusamente. Los españoles se indignaban, pero su indignación no iba más allá de algunas murmuraciones contra los favores que el monarca concedía al "capón" (no olvidemos la costumbre italiana con los cantantes) y contra el hecho de que las cantantes italianas, por él llamadas, fuesen recibidas a su llegada a Barcelona o a Madrid, "como si se tratase de un gran capitán que había ganado una batalla".

*

En el último año de la vida de este demente, España, desgobernada, iba a la deriva, mientras las intrigas cortesanas e internacionales la hacían vuela vuela al aire del mejor pastor...

Tal fué el reinado del tercer Borbón.

Gonzalo de Reparaz (hijo).

auditorio por encima del nivel medio, y hablaba procurando no olvidarse de quién era, cosa que le catalogaba entre los espiritualmente elegantes en el decir. No se crea por eso que su elocuencia fuese fría, si no al contrario, muy al contrario. Layret era una llama viva, castelarina; su verbo arrebatada, encendía las dormidas reservas de los oyentes, que le aclamaban entusiasmados.

Y este hombre honrado, leal, fuerte en su flaqueza física, defensor, como abogado, de los pobres y de los oprimidos, cayó un día bajo unas pistolas asesinas, cuando salía de su casa de la calle de Balmes, para gestionar algo relacionado con la libertad del hoy gobernador civil de Barcelona. La cobardía de los criminales no pudo ser mayor. Apostarse dos o tres entes, armados de pistolas, para matar a un ser indefenso, como D. Francisco Layret, demuestra la más absoluta ausencia de sentimientos humanos y la más completa falta de masculinidad.

A raíz de su muerte, hízose "como que se hacía" una busca de los asesinos. Nadie pudo saber la verdad. ¿No sería ahora el momento de remover el obscuro asunto? ¿No sería justo que en esta hora de justicia se rindiese un homenaje a este novio espiritual de la República, por la que tanto y tan bien trabajó él, hasta perder su vida?

¡Hombres de "La Lucha"! En esta hora de triunfo, en estos momentos de alegría republicana, acordáos de Layret! ¡En la hora de este recuerdo os acompañarán muchos amigos de entonces y todos los que ahora y siempre son hombres de buena voluntad!

E. MILLAN RODRIGUEZ

¿Cómo es eso?

Del Ministerio de Trabajo y Previsión han emanado órdenes relativas a la formación del Censo profesional de los directores, redactores y colaboradores de los diarios, revistas y Agencias telegráficas y de los corresponsales de periódicos de provincias y Extranjero, que trabajen en Madrid, Toledo, Ciudad Real, Cuenca, Guadalajara, Avila y Segovia.

No tenemos noticia de que las órdenes comprendan a los periodistas de otras regiones españolas. Y, lógicamente, se nos ocurre preguntar:

¿Cómo es eso?

LOS BORBONES DE ESPAÑA

FERNANDO VII

BREVE HISTORIA DE NUEVE MONARCAS DEGENERADOS

Por GONZALO DE REPARAZ (hijo)

Tócanos ahora hablar de Fernando VII, el ser más vil, bajo y cruel que pueda imaginarse; asesino de miles de víctimas, mercader que vendió España a Napoleón por treinta millones de reales, individuo atacado de locura sádica y criminal.

¡Triste idea de España el hecho de que tan monstruoso ejemplar de la humanidad haya podido reinar durante largos años y de que la dinastía subsistiera un siglo después de su muerte!

Sabemos cuán cargada era su herencia, tanto por parte de su padre como por la de su madre, y conocemos ya la acumulación de estigmas que le legaron sus antepasados. Su personalidad es, como la de Nerón, la de Calígula, la del mariscal de Francia Giles de Retz y como otros casos célebres de locura sádica que la historia registra, digno de apasionar a un psiquiatra.

Es tal la acumulación de monstruosidades que cometió, que habría para llenar con ellas varios volúmenes. Mas, para pintar el estado mental de este degenerado, nos bastará registrar aquí algunos de los rasgos esenciales de su vida.

He aquí cómo nos pinta su persona García Ruiz (Eugenio García Ruiz, ex ministro de la Gobernación. "Historias". Madrid, 1876, pp. 74-75).

"Era el príncipe de Asturias de feo rostro, con la nariz gruesa, boca hundida y la barba saliente, que si no aparecía repugnante, consistía en sus grandes ojos, negros y bastante vivos; su natural era perverso, como lo demostró durante toda su vida: preciso es confesar que el influjo todopoderoso y para él depresivo de Godoy ante los reyes, los desvíos y desprecios de éstos y cuanto observaba en la licenciosa vida de su madre, contribuyeron bastante a hacer a Fernando disimulado, sombrío, suspicaz, rebelde y pronto a la tiranía: en esto, cabe gran parte de

responsabilidad a María Luisa; que la historia nos enseña que difícilmente se dan Neronnes como no haya Agripinas que los creen".

Por toda la Europa contemporánea, se le conocía y se le despreciaba en lo que valía, y Chateaubriand le dedicó aquella célebre frase de que "hay monarca que se sienta en el solio para hacerle despreciable".

El marqués de Villa Urrutia ("Fernando VII, Rey Constitucional"), formula de él el siguiente juicio:

"En cuanto a Fernando VII, vimos que, como príncipe de Asturias, se mostró hijo rebelde y descastado con los reyes, desleal y cobarde con sus amigos, felón para con la patria. De estos rasgos distintivos de su carácter dió también hartas pruebas durante el mes que reinó en España y las tres semanas que pasó en Bayona; pero lo que resultó más de relieve y hubo de influir principalmente en su destino, fué la falta de valor personal. Así como su ilustre antepasado, el primer Borbón que reinó en España, se granjeó por animoso la voluntad y el apoyo de los españoles, Fernando, que era de suyo en extremo cobarde, sólo pensó en poner a salvo su persona, dejando que sus súbditos, cuya suerte le importaba poco se arreglaran como mejor pudieran con los franceses. El miedo le hizo salir de Madrid al encuentro del Emperador; el miedo no le consintió detenerse en Vitoria ni intentar la fuga; el miedo le obligó, después de las frustradas negociaciones con Napoleón y de las vergonzosas disputas con Carlos IV, a abdicar la corona y a firmar en Burdeos la proclama a los españoles y en Valencey, la carta a José, felicitándole por su advenimiento al trono, sin que temblara la mano ni se enrojeciera la mejilla.

"...Suelen ser los cobardes, además, vengativos, despiadados y crueles, y a Fernando VII no le faltó ninguno de estos requisitos".

De Villa Urrutia es también

el siguiente juicio sobre Fernando:

"...Fernando VII, déspota de suyo, jurado y solapado enemigo del régimen parlamentario, felino y felón, cazurro y taimado, falso y embustero, para quien el arte de reinar tan sólo consistía en no fiarse de nadie y engañar a cuantos con él tuviesen algún trato."

*

Este siniestro degenerado, tras veintidós años de reinado efectivo, dejó a España en la más triste de las situaciones.

Oigamos nuevamente a García Ruiz:

"La dominación de Fernando VII, pues no merece el nombre de reinado, fué una serie no interrumpida de ingratitudes, bajezas, perfidias, falsedades, cobardías y crímenes de todas especies, que convirtieron a España en un inmenso lago de sangre, y para que nada faltase, fué su inseparable compañera la crápula, que degeneró, al fin en la más insoportable hediondez. Perecieron en los patibulos, durante su dominación, no menos SIETE MIL individuos, por opiniones políticas; más de OCHO MIL fueron asesinados vil y cobardemente por las mismas opiniones, en 1814 y 1823-24, sucumbiendo doble número por los padecimientos sufridos y enfermedades contraídas en las cárceles durante esas dos épocas. Mientras Fernando insultaba a los españoles y adulaba a Bonaparte, declarándose su súbdito para que lo recibiese como hijo adoptivo, murieron por él, durante la Guerra de la Independencia, más de DOSCIENTOS CUARENTA MIL hombres, como por él perdieron la vida en la del 21-23 y en la del 27, más de otros VEINTE MIL, en los campos de batalla. Las proscripciones de 1814 arrojaron del suelo patrio a unos DIEZ Y SEIS MIL españoles y a más de VEINTE MIL las de 1823, llevando a los presidios otros VEINTICUATRO MIL.

Si hay, como creemos, pre-

mios y penas en la otra vida, ningún tirano debe sufrir éstas ni tan atroces ni con tanto motivo como Fernando VII, porque la suya sola superó a todas las tiranías juntas que han hecho gemir al género humano, incluso las de Tiberio, Calígula, Nerón y Domiciano. El pueblo español, que la soportó, acreditóse de cobarde y envilecido, que allí donde hay un pueblo viril y concededor de sus derechos, o no surgen tiranos, o si alguno empieza a serlo, es al instante confundido con su tiranía.

Y no sólo la dominación de Fernando convirtió a España en un lago de sangre, sino que la hizo retroceder no pocos lustros en la carrera de la civilización, reduciéndola a un país cruel y haragán, presa de la teocracia, en general, feroz, y el brazo derecho de ésta, el populacho estúpido y comunista, que gritaba entusiasmado, al herir o matar a los amantes de la libertad: ¡Muera la Nación y vivan las cadenas!

Durante esa dominación abominable, no dió España ni filósofos, ni historiadores, ni poetas, ni mecánicos, ni artistas, ni nada de lo que constituye la gloria de las naciones cultas. La ignorancia era tan general como crasa. Hasta los hombres que ejercían profesiones liberales (a salvo en todas ellas ligerísimas excepciones), no sabían nada, porque nada les habían enseñado en las aulas, a no ser errores de que hoy se avergonzarían si viviesen. En las cátedras de filosofía se enseñaba el sistema de Ptolomeo, teniendo el de Copérnico y Galileo por una herejía, lo que probaban los clérigos que habían leído la sagrada escritura, con textos de ésta. Los jurisconsultos más ilustrados sólo conocían el Vinio, las Pandectas, el Código de Justiniano, las Partidas, glosadas por Gregorio López, los Comentarios a las Leyes de Toro y la Novísima recopilación; los médicos, el Boerhavs y el Le Boy, la medicación caballar y asnal, de sangrías, cantáridas y vejigato-

rios; los boticarios, que se hacían tales tras de una puerta, como vulgarmente se dice, no solían tener más libros que la Farmacopea; los escribanos, dejando el azadón o la esteva, se hacían tales en 24 horas, para ir en seguida a embrollar a los pueblos y a lanzarlos en un mar de desdichas, con pleitos absurdos, causas criminales impropiedades y falsedades a montones; y a los clérigos, les bastaba tener la Epacta, el Breviario y el llamado por ellos "Padre Paco" el padre Lárraga, sobre moral cristiana, que no entendían y menos practicaban. El estado de la agricultura y de la industria no podía ser más lastimoso; una mitad del terreno cultivable se hallaba yermo, porque la tierra no recompensaba el sudor del pobre labrador; para la industria, ni había capitales ni inteligencia, y para el poco comercio que se hacía, faltaban vías de comunicación terrestre, y eran éstas inseguras, a causa de la multitud de rateros que las infestaban, saliendo no pocos de ellos de las filas de voluntarios realistas: para que se forme idea de nuestro comercio de entonces, bastará decir que nosotros conocimos la mayor parte de las tiendas de varias ciudades importantes, como Burgos, Santander, Valladolid y Palencia, que carecían de cristales y de las comodidades que hoy se ven en el más miserable tenducho.

Tal era España, al fallecimiento de Fernando VII.

*

Prohibió Fernando la introducción de todo libro extranjero sin previa licencia del Consejo, medida destinada a levantar una muralla china que cerrase herméticamente a España, aislándola de toda cultura europea. Se hizo imposible imprimir libros en España, con medidas draconianas.

Halagaban los más brutos las pasiones analfabetas del rey, pidiéndole las más severas medidas contra los mejores libros nacionales.

Los catedráticos de la Universidad de Cervera le dirigieron una representación, que se publicó en la "Gaceta" del 3 de Mayo de 1827, en la que estos nobles catedráticos de la principal Universidad catalana estamparon las siguientes palabras: "Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir". Quedaron condenadas obras como la "Historia Crítica de España", de Masdeu; el "Informe sobre la Ley Agraria", Ensayo, de Marina.

En 1830, Fernando cierra todas las Universidades y crea una escuela de taumatología en Sevilla.

Nació este siniestro personaje en El Escorial, el 14 de Octubre de 1784.

Era, sin duda, hijo legítimo de Carlos IV, aunque cierto día, enfurecida con su hijo, nuestra conocida María Luisa "se descompuso, al punto de declarar que aquel engendro en que el rey no había tenido parte alguna, era regalo de un fraile de El Escorial".

Fué el príncipe de Asturias débil y enfermizo en sus primeros años, llegando a las puertas de la muerte. No murió, desgraciadamente, y así quedó en disposición de cometer los horribles crímenes que recuerda la historia con espanto...

Veamos, para acabar, el cuadro que presentaba, cuando empieza a reinar Fernando VII, la familia real española:

"Con muy negra tinta — dice el historiador Toreno — puede trazarse el tenebroso cuadro en que Napoleón aparece mandando a puntapiés a media docena de Borbones degradados y cobardes, y a sus dos consejeros estúpidos; Carlos IV no es más que un rey indigno y un padre desnaturalizado, como juguete vil de su compañera adúltera; María Luisa, una Mesalina jubilada, ya fea y decrepita, atenta sólo a dar su alma entera a Godoy y su odio implacable a su hijo Fernando; Antonio Pascual, un mentecato de perversas inclinaciones, sin más Dios que su vientre; el Carlos, un fanático destinado con el tiempo, por el genio del mal, a inundar de sangre a España, y Fernando, un miserable más envilecido que un lacayo servil. ¡Qué gaviilla de perdidos coronados y aspirantes a coronal! Pero también, ¡qué pueblo español! La historia no nos ofrece otro igual, ni aun en las épocas de las más tristes decadencias de las naciones. El pueblo español aparece al historiador, más repugnante aun en este punto que la familia objeto de su adoración, que siempre es más despreciable el que adora al ídolo grosero que el ídolo mismo, por grosero que sea..." (García Ruiz. "Historias", I, pp. 108-109).

Tal fué Fernando VII el Desdado y tales fueron sus más próximos parientes...

GONZALO DE REPARAZ
(hijo)

Filípicas de un filósofo diminuto

Nos jugamos la última carta

El triunfo de las izquierdas en toda España acaba de aplazar una revolución social que estaba en puertas, de haber sido otros los resultados.

Pero sépanlo claramente los diputados que el pueblo designa en estos momentos para ir a las Cortes Constituyentes: esa revolución social sólo queda aplazada, permanece a la expectativa de la obra que va a realizarse en la Asamblea, y si esa obra no respondiese al espíritu de la revolución política empezada el 14 de Abril y continuada el 28 de Junio, la revolución social vendrá a poner un remedio eficaz y radical a la inercia de los que no sepan interpretar las aspiraciones del pueblo ni darse cuenta de la hora en que vivimos.

Vuelve a repetirse el fenómeno del 14 de Abril. En aquellos solemnes momentos, hasta los elementos más intemperante y extremados guardaron silencio para no hostilizar con ninguna dificultad la obra de los hombres que tomaban el gobierno de España. Toda la Nación les otorgó su confianza. Pero aquellos hombres, exaltados con tan noble delirio al poder público, no sólo no supieron responder a la generosa confianza del pueblo, sino que lo traicionaron, primero, y lo fusilaron, más tarde cuarenta días después del triunfo en las calles de San Sebastián.

Ahora, ese pueblo, que olvida con pronto y generoso indulto lo que los hombres encumbrados por él le han hecho, ha vuelto a las urnas para expresar por segunda vez cuál es su voluntad. Ha votado a las izquierdas. Ha significado que no quiere una revolución cobarde y simulada, una revolución que se queda a las puertas de todas las reformas y que para los gobernantes no pareció tener otro fin ni otro objeto que el de invitar cortésmente al ex rey a que veranease en Fontainebleau.

Ante la enorme decepción popular que se manifestó a los dos semanas escasas de go-

bierno provisional republicano, muchos hombres volvieron su mirada hacia las futuras Cortes y aplazaron su desesperanza. «Si a las Cortes van hombres de izquierdas — se pensaba — la revolución se hará desde allí» Con esta esperanza, hemos vivido millones de españoles. Pues bien; esas Cortes de izquierdas esperadas han salido triunfantes de las urnas. Cientos de diputados republicanos radicales, radicales socialistas y socialistas obreros van a llenar las tres cuartas partes de los escaños del Congreso. En los programas de partido de todos esos hombres hay muchas cosas ofrecidas a la opinión, todas ellas de radical aboleo y hasta de profundas reformas sociales. Son mayoría numérica para propugnarlas y votarlas. El pueblo les asiste; mejor aun: les anima. Les bastará querer, sencillamente, «querer», para que todo ello quede incorporado a las leyes fundamentales que van a regirnos. ¿Lo harán?

Mediten serenamente en el peligro que entraña el bastardear los anhelos de un pueblo puesto en pie. Son pocas las revoluciones políticas que no han sido sucedidas de otra revolución social, frecuentemente, catastrófica. Alguien lo achaca a que los pueblos, una vez impulsados por la fiebre revolucionaria, no pueden detenerse en el punto crítico que les convendría. Es una teoría falaz. No existe nada con más sutil instinto de conservación que la muchedumbre. Las revoluciones sociales siguen, como un fenómeno inherente, a las revoluciones políticas, sencillamente, porque los hombres no cumplen en el poder lo que ofrecieron halagadoramente desde la tribuna. Traicionan a los pueblos, y los pueblos se indignan y los arrollan.

Esta es la perspectiva que ofrece España, si los diputados de izquierda triunfantes no saben ser honrados, solamente honrados, para con sus propios programas radicales.

BENIGNO BEJARANO

Advertimos una vez más a los colaboradores espontáneos que, sintiéndolo mucho, a causa del abrumador número de trabajos que se nos remiten sin haberlo solicitado, no nos es posible devolver los originales ni mantener correspondencia sobre ellos

Los Borbones de España

BREVE HISTORIA DE NUEVE MONARCAS DEGENERADOS

LOS ANTEPASADOS

Los estudios médicos sobre la selección y la degeneración humana han demostrado la imposibilidad de la Monarquía. No se trata ya de doctrinas. Se trata de hechos. Y de hechos comprobados científicamente.

No podemos, es claro, entrar aquí en la cuestión científica. Larga sería la demostración de que una vida artificial—física y moralmente—deforma y hace degenerar al ser humano, y que sus taras degenerativas se transmiten, agravadas por la consanguinidad y por los casamientos en otras familias que sufren de los mismos males.

Merecen ser citados los doctores Jacoby, Gallippe y Cabanés, entre los sabios que se han dedicado al estudio de la degeneración de las familias soberanas.

Bástenos decir que las monarquías van muriendo no sólo de estupidez—estupidez real que pagan los pueblos con infinitos males y desgracias—, sino además por consunción. Acumulan las taras físicas y morales de manera pavorosa, se fijan y se perpetúan. Deformaciones óseas (prognatismo, desviación de las piernas, bóveda bucal de forma ojival, exorbitismo, aplastamiento lateral de la cara, etc.), taras sexuales (órganos deformados, infecundidad, homosexualismo, etcétera), desequilibrios mentales (locura, monomanías, imbecilidad)—tales son los principales estigmas degenerativos de las familias soberanas—. En los diversos individuos que las forman, semejantes taras se acumulan y sobreponen; pueden también aparecer algunas solamente, o aún desaparecer en apariencia en tal o cual de ellos para volverse a revelar en generaciones sucesivas. Pero no escapa nadie totalmente a su destino. Y, por fin, agotada, la dinastía muere por consunción.

Así están a punto de acabar los Borbones de España, azotados por enfermedades variadas y terribles, presididas por la hemofilia que no perdona. Un poco tarde se ha quitado el pueblo español de encima a estos residuos humanos, que, plenamente degenerados físicamente, carecían además de cualidades morales. Pero después de cuantas desgracias y catástrofes, en las que incluso han perdido la vida, por el capri-

cho de unos degenerados ambiciosos, miles de españoles.

La dinastía se va después de haber reinado más de dos siglos (231 años exactamente).

Bueno es que, ahora que podemos, echemos una ojeada retrospectiva sobre los monarcas que ha dado sucesivamente a España. Cuando sepamos de qué ínfimos personajes se trataba, comprenderemos la estupidez cometida por el pueblo español aguantándolos tan pacientemente, y aún recibiendo los nuevamente cuando se habían marchado...

La dinastía anterior, la de los Austrias, largo séquito de estúpidos y de locos, se moría de consunción. Su último representante, imbécil e impotente, fué una sombra agonizante los años que vivió: treinta y nueve.

Tenía Carlos II terrores nocturnos. Hizo abrir una por una las tumbas de sus antepasados y abrazó el cadáver de su mujer, María Luisa de Orleans, como su antepasada mentecata Juana la Loca abrazada a Felipe el Hermoso (otro buen modelo de degenerado).

No pudo andar hasta la edad de diez años. El embajador francés d'Harcourt escribía: "Parece podrido; su color es verdoso; carece de calor natural, tiene mal estómago, no tiene dientes; en fin, está en muy mal estado." (¡Tenía entonces treinta y tantos años!) En otra carta dice el mismo embajador: "Su mal es más bien un agotamiento de la naturaleza que una enfermedad, y, viéndolo, no se le atribuirían menos de ochenta años." Finalmente, el historiador francés Mignet, dice de él: "No fué siquiera un hombre; no sólo no supo reinar, sino que ni tan sólo pudo reproducirse."

Así desapareció, tras dos siglos de reinado, la dinastía. Arrastra con ella en su desastre a la nación, que, de diez millones de habitantes a principios del siglo XVI, había caído a seis millones, en su mayoría hambrientos, que vivían de la sopa de los conventos—y los monjes se contaban por cientos de miles.

En tan brillantes condiciones se instala, tras largas luchas ruinosas, una dinastía francesa, la de estos mismos Borbones de que hemos gozado hasta hace quince días.

¿Será superior a los residuos de seres humanos que se han sucedido en el trono de España anteriormente?...

¡Quí! Como dice Gallippe: "Veremos por lo que sigue de la descendencia de Luis XIV no valía mucho más que la de los Hasburgo de España." ¿Explicación? "Para el médico todos estos hechos se encadenan en un orden natural, y las cosas son así porque no podían ser de otra manera. Nadie escapa a su destino, es decir, a su herencia."

Es verdad que el nuevo rey, el primer Borbón de España, Felipe V, traía una herencia muy cargada. Era hijo del gran Delfín, que murió antes que su padre, Luis XIV; este Gran Delfín era un hombre sin espíritu, de carácter desigual, silenciosísimo, extraordinariamente perezoso, fútil y meticuloso en las cosas más pequeñas; según el célebre duque de Saint-Simon su inteligencia era nula y no tenía capacidad para aprender nada, "carecía de discernimiento y había nacido para el aburrimiento, que comunicaba a los demás, y para ser una bola que rodaba al azar impulsada por otros, testarudo y pequeño en todo hasta la exageración, absorbido en su grasa y en sus tinieblas."

Luis XIV, aparte otros defectos, era un megalómano infatuado y endiosado. El único hijo real (se casó morganáticamente) que vivió hasta reproducirse fué el ya mencionado Gran Delfín: los otros cinco que había tenido de María Teresa de Austria murieron todos pequeños (falta de vitalidad: otro estigma degenerativo). Por esta María Teresa de Austria, abuela de "nuestro" Felipe V, se estableció un nuevo enlace entre aquellos brillantes Austrias y los no menos flamantes Borbones. ¿Quién era esta buena señora? Gallippe nos la presenta así: "Semi idiota, enfermiza, muy gruesa; de sus seis hijos, cinco murieron pequeños, y el único que continúa la raza es un imbécil, incapaz de instrucción"—según sabemos ya—.

Con estos precedentes, hay que confesar que el porvenir de los Borbones españoles no podía presentarse más brillante...

El primero, en efecto, iba a ser digno descendiente de su parentela austro-borbónica.

Se anunciaba bien la raza... No la desmintieron tampoco los sucesores, todos ellos notables por distintos conceptos, hasta cerrar la serie el Alfonso Trece que nos hemos quitado de encima.

Dejemos, si te parece, lector amigo, la presentación de su primer antepasado en el trono de las Españas para un próximo artículo.

Sabroso y pintoresco fué el tal antepasado, según verás si tienes paciencia para seguirme en esta excursión a través de los varios personajes de la degenerada dinastía que durante dos centurias hemos padecido.

GONZALO DE REPARAZ
(hijo)

Berenguer, a Prisiones Militares

El Gobierno de la República sigue actuando; su actuación, tan desemejante de la habitual en los gobiernos del fenecido régimen, se traduce en hechos, tan contundentes, tan definitivos como el encarcelamiento de Berenguer. El pueblo que tenía su atención fija en este responsable máximo, ha quedado satisfecho. La Ley del talión en su mejor adaptación posible, se ha cumplido en la persona del segundo dictador. Las celdas a que él arrojó a sus últimas víctimas, le reclamaban. En ellas está. Son las mismas. Ahora cumplen su finalidad, pues los calabozos son para los delincuentes.

Nosotros, que no pudimos contemplar en silencio la aparente "blandura" del Gobierno provisional, vemos con satisfacción que era solamente eso: aparente. Con satisfacción, porque la inexorabilidad en la depuración de responsabilidades, no es sólo una garantía de estabilidad para la República, sino el colmo de un legítimo anhelo nacional de justicia.

Un pasquín de Samblancat

"El Pasquín del Pueblo", colección de fascículos o folletos de carácter político, literario y revolucionario, que hoy, día de la Fiesta del Trabajo, aparecerá en Barcelona, publica en su primer número un folleto de nuestro querido e ilustre colaborador Angel Samblancat, que se titula "El visir Puño de Hierro".

"El visir Puño de Hierro" es una caricatura sangrienta de Orbaneja y una violenta diatriba contra la Dictadura:

"El Pasquín del Pueblo", tipográficamente muy bien presentado, se vende en todos los quioscos a treinta céntimos.

LOS BORBONES DE ESPAÑA

Alfonso XII y María Cristina

BREVE HISTORIA DE NUEVE MONARCAS DEGENERADOS

Por GONZALO DE REPARAZ (hijo)

Alfonso XII recibía de su madre una herencia pesada. No así del lado de su padre oficial, pues sabemos que era impotente. El verdadero, probablemente, no le traería nuevos estigmas. Pero con los de Isabel II bastaba para que su herencia fuese muy pesada.

Su vida fué breve, y aunque algo podríamos decir de su reinado, preferimos pasar por alto el anecdótico de este monarca, poco típico, limitándonos a un hecho grave: que murió tuberculoso, muy joven (a los 29 años), con la agravante, probablemente, de otra enfermedad grave. No es de extrañar su muerte en la juventud, habiéndole transmitido su madre la pesada carga que le dejaban los antepasados. Sabemos que la falta de vitalidad es uno de los estigmas de las familias degeneradas. Esto se había de reflejar en Alfonso XIII, que nació enfermizo, pero que, por desgracia, logró sobrevivir a una infancia débil y trabajada.

Algo podríamos decir sobre los negocios de Alfonso XII. Pero conociendo ya abundantemente sus antecedentes familiares, lo dejamos para hablar de su segunda mujer, la madre de Alfonso XIII, cuya herencia Habsbúrgica había de ser poderosísima en la persona de su hijo, como procedente de una familia degenerada, ya en vías de disolución. Por esta razón, es particularmente interesante para nuestro objetivo su personalidad y su ascendencia.

María Cristina, digámoslo entre paréntesis, era pobre al casarse, tanto que vivía en la casa de las Damas Nobles Canonisas de Praga, donde se daba albergue a cuarenta aristócratas arruinadas. Sin embargo, cuando murió, dejó en bancos extranjeros, por lo menos, 34 millones de pesetas. La avidencia de todos los monarcas — cuyo fin principal es vivir a costa de un país, sea el que fuere — brilló en ella. Sumas considerables perdió en Austria por haberlas confiado a un pariente que

las puso a su nombre, en vez de ponerlas al de Cristina. Hay, pues, que añadirles a la fortuna citada. Fué un buen negocio para ella venir a ser reina de España..

**

Veamos ahora cuál fué la pesada herencia que María Cristina transmitía a su hijo y que venía a añadirse a las taras de los Borbones.

La archiduquesa María Cristina Enriqueta Descada Felicidad Reniera, nacida en Gross-Seelowitz el 21 de Julio de 1858, y casada en Madrid con Alfonso XII el 29 de Noviembre de 1879, tenía las características típicas de los Habsburgo.

Inmediatamente, aparece la escasa vitalidad de las dos familias decadentes en la descendencia de este matrimonio.

Dos de los tres hijos mueren jóvenes (la infanta María de las Mercedes, a los 24 años, y la infanta María Teresa, a los 26). Sólo subsiste Alfonso — para mayor desgracia de España.

María Cristina posee bien evidentemente, el tipo familiar característico, con su correspondiente prognatismo.

Moralmente y mentalmente, era un Habsburgo típico: su inteligencia era escasa, su mentalidad, estrecha; su carácter, autoritario. No cabe duda que en ella recae buena parte de la responsabilidad de las ideas autocráticas y del carácter autoritario de su hijo. No hay que olvidar que los Habsburgo llevan más allá que ninguna otra familia soberana el orgullo de casta y la creencia de una superioridad semidivina.

Reconozcamos, sin embargo, por lo que a las costumbres se refiere, que fué una persona decente y que durante su regencia, no se le pudo echar en cara ninguno de los escandalosos excesos de su suegra.

Hemos dicho que María Cristina transmitía a Alfonso XIII una pesada herencia. Echemos una ojeada a sus antepasados y ello bastará para demostrárnoslo:

Su abuelo, el archiduque Carlos Luis Juan José Lorenzo, tenía varios estigmas característicos de la familia y revelados por sus retratos: prognatismo inferior, desarrollo considerable de la nariz, grado ligero de exorbitismo. Fué maestro de la Orden Teutónica en 1801 — dignidad que dimitió en 1804 — y duque de Teschen, en 1822. Era hermano de aquel Francisco II, falto de palabra, cruel y de espíritu estrecho, que reinó como emperador de Alemania de 1792 a 1804 y como emperador de Austria, bajo el nombre de Francisco I, hasta 1835.

Este tío-abuelo de María Cristina fué un personaje lamentable.

“La única disculpa que se puede invocar ante la historia en descargo de Francisco II y de su hija es que ambos eran seres anormales y que pensaban y sentían como tales (Galippe)”.

Renegó varias veces la palabra imperial, solemnemente dada: faltó a la que dió a Napoleón, a su nieto, el príncipe Imperial, a su hija, la emperatriz María Luisa, segunda mujer de Napoleón. Fué estrecho y cruel y gravó con torturas morales el siniestro “cárcere duro” de los prisioneros políticos, italianos y otros, del Spielberg. Se mostró siempre enemigo de toda libertad política.

Pero dejemos estos sintomáticos colaterales del abuelo de María Cristina, para presentar al padre de Carlos, es decir, el bisabuelo de la madre de Alfonso XIII.

El emperador Leopoldo II, gran duque de Toscana en 1765, emperador en 1790 (murió en 1792) estaba animado por un espíritu de reformas muy vivo. Las introducía a rajatabla y, como dice Galippe, era un “déspota filósofo”. Desconfiado, intolerante, quisquilloso, murió, según parece, de excesos venéreos.

Habiase casado en 1765 con María Luisa, hija de Carlos III, rey de España. Por esta

unión — como vemos — hay un lazo consanguíneo más entre los Borbones y los Habsburgo: la bisabuela de María Cristina, que se casa con un Habsburgo, era también Borbón.

María Luisa, mujer de Leopoldo II, tenía un facies típico. De una fealdad horrorosa, como puede juzgarse por sus retratos, era digna, físicamente, de su padre. En ella, las deformaciones óseas son considerables: si el prognatismo inferior es poco pronunciado, en cambio, hay un considerable aplastamiento lateral del rostro y un aumento notable del diámetro vertical. El resultado es que su cara presenta el aspecto de las personas que se miran en uno de esos espejos que alargan desproporcionadamente las facciones. Procedente de la familia borbónica española, que tan bien conocemos, venía a recargar una vez más, la pesada descendencia de los Austria.

Las taras morales se repiten, como sabemos, saltando a veces varias generaciones. Así descubrimos que Alfonso XIII tiene cinco generaciones atrás, por el lado de su madre, un digno predecesor de sus aficiones a los negocios — negocios sucios y ventajistas, en los que la influencia se vende a buen precio, sin tener que hacer, a cambio del dinero que se recibe en acciones liberadas o en otra forma, el menor esfuerzo de inteligencia o de trabajo. Lo mismo que Fernando VII, Cristina e Isabel II, el emperador Francisco I, padre de Leopoldo II, tenía la monomanía de ocuparse de asuntos comerciales, y además, prestaba a réditos. Asociado con un tal conde Boltza, había arrendado las aduanas de Sajonia. En 1756 fué él el proveedor de forrajes y harina destinados al ejército de Prusia, que estaba en guerra con la emperatriz, su esposa.

Es innecesario ascender más en nuestra exploración de los antepasados de María Cristina. Encontraríamos en los demás Habsburgo la misma degeneración.

ción constante, el agotamiento progresivo de la raza, idénticos estigmas físicos y morales, la locura sombría o furiosa, la crueldad y la falta a la palabra dada.

Galippe dice de ellos:

"Los Habsburgo de España han abandonado desde hace tiempo el escenario de la historia y han desaparecido en la impotencia y la locura. Los Habsburgo de Austria, aunque cuentan con numerosos representantes, acabarán por desaparecer a su vez, como familia histórica, si persisten en sus errores, es decir, en las uniones consanguíneas".

Y antes, había dicho:

"Los Habsburgo, habiendo fijado por uniones consanguíneas un estigma de degeneración y habiéndolo transmitido, sólo o con otros, o somáticos o psíquicos, a las familias que se han aliado con ellos, han creado un tipo humano particular, por los mismos procedimientos que se emplean en zootecnia para la creación de sub-razas animales".

Así, la introducción de sangre de los Habsburgo en la familia borbónica de España venía a añadir, en la persona de Alfonso XIII, taras pesadimas a las que sus antepasados borbónicos le transmitían. Oigamos lo que nos dice Frédéric Masson sobre esta casa de Austria, de que tan típica representante era María Cristina:

"En la casa de Austria, de trece hijos (de Leopoldo II), tres han muerto locos, con locura constante y segura; cinco han muerto antes de la edad de cinco años; para los demás, el promedio de la vida es de cuarenta y cuatro años; cuatro solamente dejan posteridad. En la generación precedente, la de la abuela materna, la emperatriz Teresa, de diez y siete hijos, dos han muerto antes de su segundo año; dos antes del tercero, cuatro únicamente, y de ellos, dos locos, han pasado los sesenta años. "Para las generaciones posteriores, está ahí la historia contemporánea, para atestiguar cómo viven y cómo mueren: sería cruel hojearla".

"Napoleón quiso un hijo para revivir en él; y en efecto, tuvo un hijo; pero ese hijo es un Borbón de Nápoles. Sobre él, como sobre todos sus primos, flota la tuberculosis o la locura. Está condenado antes de nacer, y tal es el heredero que el casamiento austriaco le ha dado.."

"Ahora bien, esta sangre de Borbón María Luisa no la recibe siquiera directamente de

los Borbones de Francia, cuya raza es ya tan pobre y tan degenerada que, de nueve hijos del Delfín, hijo de Luis XV, cuatro han muerto en corta edad, uno de sus hijos es impotente y una de las hijas, estéril; que de los cuatro hijos de Luis XVI, tres han muerto en corta edad y que la hija es y seguirá siendo estéril; que de los cuatro hijos del conde de Artois, dos han muerto en corta edad y uno es impotente; sino que la recibe de los Borbones de España, por su abuela María Luisa, esposa de Leopoldo II, y de los Borbones de Nápoles, por su madre, María Teresa; y "estas dos razas reales — ésta salida de aquella — traen taras hereditarias que condenan a los descendientes a la locura, a la imbecilidad o a la muerte prematura". Felipe V tuvo cuatro hijos de su primer matrimonio con María Luisa Gabriela de Saboya; dos han muerto de corta edad; uno a los diez y siete años; otro, sin heredero directo, a los cuarenta y seis. De su segundo casamiento, con Isabel Farnesio, última de su raza, ha tenido siete hijos: dos han muerto jóvenes, los otros cinco, en edades normales; pero de los trece hijos que ha tenido Carlos III, siete han muerto de corta edad; uno era tan pobre de espíritu que se le separó de la sucesión, y ¿qué valdría si Carlos IV subió al trono de España y Fernando VI al trono de Sicilia? El infante Gabriel, muerto a los treinta y seis años, valía lo mismo que sus hermanos; el infante Antonio muere sin posteridad; finalmente, la emperatriz María Luisa, abuela de la archiduquesa, muere a los cuarenta y siete años. De María Carolina de Austria, Fernando VI tuvo diez y siete hijos: diez murieron antes de su décimo año, dos, antes del trigésimo; uno, a los treinta y cinco años; cuatro pasaron de los cincuenta. Se puede dudar de que estos últimos fueran de su padre legal. En todo caso, para los demás, en la segunda y aun en la tercera generación, la locura, la tuberculosis, las enfermedades congénitas, vienen a ser la regla. Si algunos sujetos escapan es una casualidad".

Vemos qué oscura mezcla de taras venía a unir María Cristina a las del tuberculoso Alfonso XII. Con la hemofilia que introdujo después Victoria de Battemberg, acababa de hundirse en la mayor degeneración la familia de los Borbones de España.

Sería cruel recordar estas co-

Para las futuras Cortes

El soldado de cuota

Por LEOPOLDO LUNA

Creíamos que, en buena doctrina democrática, el soldado de cuota era una de las primeras cosas llamadas a desaparecer. No se concibe que en un régimen que proclama la igualdad de derechos y deberes para todos los ciudadanos, el soldado de cuota subsista. Absurda porque está en pugna franca con las mínimas concepciones republicanas y temeraria porque constituye una afrenta y una provocación a las clases humildes. Eso de que un ciudadano pueda pasar de un régimen de favor mediante la entrega de un puñado de calderilla al Estado, pudo pasar en tiempos de la monarquía, que tenía un arancel para otorgar mercedes; pero no en los de una República que, por burguesa que sea, no puede vender sus principios de democracia política al diablo.

La misma monarquía llegó a sentir cierto pudor ante esta vergüenza, y por eso procuró atenuarla reduciendo el antiguo sistema de manumisión total por este otro de las cuotas y del servicio limitado. La República tiene que dar un paso más, aunque no sea bajo otro estímulo que el del decoro externo.

Aceptar el principio universal de la igualdad de derechos y deberes y seguir distinguiendo entre el ciudadano que tiene dinero y el que no lo tiene, es negar cínicamente ese principio.

Aparte estas razones de concepción universalista, existen otras de orden práctico que no por más limitadas son menos atendibles. A cualquier militar profesional que preguntéis por el soldado de cuota, os dirá en seguida, que es inútil del Ejército. Yo he podido observar en los cuarteles que la oficialidad siente por el soldado de cuota, en el que, además de ver un privilegiado, ve un ser incapaz e insuficiente, no

porque el hecho de ser rico le coloque en situación de inferioridad respecto de sus compañeros, sino porque el soldado de cuota, con su escasa instrucción práctica, con su poco tiempo de permanencia en filas y con los exiguos minutos que está diariamente en el cuartel, no es un soldado, es un objeto de lujo del Ejército.

Si las reformas de Azaña han tendido a crear un Ejército económico y eficaz, nunca creémos que habrá sido posible obtener íntegramente este propósito sin la desaparición del soldado de cuota.

Sería injusto, desde luego, culpar al ministro de la Guerra de no haber tocado este resorte en sus profundas reformas. Acaso no se le ha ocurrido o acaso la supresión del soldado de cuota entraña un plan de cierta complejidad que no es abordable en el exiguo plazo de dos meses de gestión ministerial. Pero si esta omisión puede encontrar múltiples razones de disculpa en un ministro provisional, sería, en cambio, imperdonable en una Asamblea Constituyente, que se reúne con el exclusivo objeto de dar leyes nuevas, democráticas y humanas a una nación.

No olvide ni por un momento ninguno de los miembros del Parlamento que van a reunirse el día 14, que la nación española les ha dado el voto, anhelante de ver cristalizar sus deseos de amplia democracia en leyes que sean dignas de un país tan ejemplarmente civil y republicano como ha sabido mostrarse España en las últimas jornadas históricas. Entre esas leyes que espera el pueblo han de figurar en primer plano aquellas que tiendan a hacer efectivo el axioma democrático de la igualdad de deberes y derechos para todos los ciudadanos españoles.

Hurtarle al pueblo la efectividad de este principio fundamental, aunque no fuera más que un solo caso, sería traicionarle villanamente.

Pero esto no ocurrirá. La Historia nos ha enseñado que cuanto más se otorga a los pueblos de buen grado, es cuando menos peligro existe de tener que otorgárselo todo por la violencia.

sas, si se tratara de una familia corriente. Pero la borbónica no lo es: de ella ha dependido el porvenir de España, y para evitar su vuelta, precisamente, hay que conocerla bien...

GONZALO DE REPARAZ

(hijo)

LOS BORBONES DE ESPAÑA

ALFONSO XIII

BREVE HISTORIA DE NUEVE MONARCAS DEGENERADOS

Por GONZALO DE REPARAZ (hijo)

Mucho se ha dicho y mucho se ha de decir todavía sobre Alfonso XIII. Claro está que en el breve espacio de un artículo es imposible agotar el tema.

Sin embargo, reuniremos aquí algunos hechos, que nos destacarán su personalidad, para dibujársela al lector desde el punto de vista que seguimos en estos artículos: el de la degeneración patológica. Por todos los precedentes, sabemos que Alfonso XIII no era más que eso: "un degenerado, descendiente de degenerados".

Esto se ha visto bien claro en nuestros artículos anteriores y se verá aún mejor en un libro nuestro, que está a punto de aparecer: "Los Borbones de España. Historia de una dinastía de degenerados", en el que estudiamos la familia borbónica con mayor profusión de datos y de pruebas, que podíamos hacerlo aquí. A él remitimos al lector que quiera informarse más ampliamente sobre la vida y milagros de los Borbones españoles.

Hijo póstumo de un tuberculoso, nació Alfonso enfermizo. Durante toda su vida, ha arrastrado la rinitis tuberculosa, que, según es fama, hacía desagradable su aliento a los que se le aproximaban.

El 17 de Mayo de 1902, cumplió 17 años, fué declarado mayor de edad y juró la Constitución.

Catorce meses después, expresó Blasco Ibáñez en un artículo la impresión que le produjo el rey. Viólo en una excursión que hizo al Pardo. Pasó donde él estaba, "en un landó tirado por briosas mulas, un adolescente enfermo de anemia o tisis, con el sello de la muerte impreso en su rostro, moviendo su cuerpo desmedrado con el balanceo del negro carruaje, semejante a un negro ataúd".

Aquel ser—dice José Cintero, que ha exhumado el artículo del escritor valenciano—parecióle al famoso novelista la caricatura del rey embrujado. Car. los II.

"Su débil cuerpo — escribe —, fortificado por la gimnasia, por toda clase de deportes, una higiene minuciosa, parecía esbelto y se mostraba animado por el soplo de una mustia juventud. En el rostro, se delataba la frágil mentira de tantas precauciones adoptadas contra la muerte. Era el ser engendrado en plena tisis, en el último mes de existencia de un tuberculoso. Los ojos aparecían empañados y macilentos, en lo más hondo de unas ojeras que invadían gran parte de las mejillas; la piel no tenía ese jugo de vida que parece barnizarla; era amarillenta y mate, como si tras ella, en vez de circular sangre, se extendiese una oleada de salvado, y la mandíbula inferior pendía inerte... La boca, siempre abierta, respirando por ella, y no por la nariz, con el ansia de tragar mayor cantidad de vida, de absorber más aire, de dar mayor alimento a los aparatos heridos de muerte, que poco a poco se detienen en su funcionamiento..."

De vez en cuando, el pobre ser se da cuenta de su triste gesto, y con una violencia de su voluntad, sube la mandíbula, apretando los dientes; pero le fatiga el esfuerzo y otra vez vuelve a pender el hueso de sus ligamentos aflojados y aparece la expresión de cansancio, de desaliento y de tristeza en aquella máscara de enfermo, última manifestación de una raza que se extingue...

El pobre adolescente, ojeroso y de mandíbula colgante, por ley fatal de su nacimiento, no tardará en cerrar la boca para siempre, saliendo de un mundo en el que no despertó entusiasmo y al cual no sabrá nunca para qué vino..."

... el monarca, a fuerza de cuidados, logró sobrevivir...

Su educación fué detestable: además de reaccionaria en extremo, como inspirada por una... austriaca, se le

falsearon los hechos históricos para adular a su familia, fabricándose una historia glorificadora de la dinastía.

Odiaba, por otra parte, a los intelectuales. Pero los adulaba alguna vez, cuando creía que podían serle útiles para algo y, principalmente, para el incremento de su fama.

Sexualmente, fué, como sus antepasados, un excesivo. Las pruebas en abono de esto pululan. Se recuerdan numerosas anécdotas, como la de aquella noble duquesa a quien intentó volterlar y a la que pudo salvar el duque, su marido.

A su tiempo, circuló profusamente por Madrid la noticia del drama del Pardo, que costó la vida a un guardián, e incluso se señalaba la casa del noble personaje en que se había instalado la bella campesina, abandonada con indiferencia poco después, cuando la real persona se hubo cansado de ella. A este hecho se refiere el siguiente relato, publicado por José A. Villavicencio, en "El Socialista" de Madrid:

"Cuentan por esos mundos de Dios que en una humilde morada de un guarda de la llamada Casa de Campo, habitaba una familia que tenía una hermosa hija, bella cual flor nacida silvestre, en la frondosidad de aquella real posesión, cuyos innumerables encantos, conocidos por un joven rey, hicieron quedara éste prendado de aquella hermosura.

Desde el día que se fijó en ella, no cesó en pensar tenía que ser rosa que se deshojara entre sus brazos, y ya llegó el momento que, de acuerdo con un "noble marqués", que hacía las veces de su escudero, inventaron una jugarreta para que los deseos del monarca fueran satisfechos.

Y, en efecto: el padre de la muchacha recibe un día orden de sus jefes de efectuar cierto servicio; pero, como aquel hombre honrado sabía ya, por indicaciones de su hija, el peligro que aquella corría diariamente,

sospechó que se le tenía una celada, aprovechando que faltaba también de la casa la esposa, y en lugar de cumplir lo mandado, se apostó en las inmediaciones de su hogar, vigilante y dispuesto a defender la honra de un ser tan querido.

Desgraciadamente, no se equivocó en sus sospechas.

No hacía mucho tiempo que estaba en acecho, cuando asomaron por en medio del bosque dos elegantes cazadores: uno, el rey galante; otro, el aristócrata escudero; y a medida que se acercaban a su casa, aumentaba su temor por el terrible desenlace que él creía iba a tener aquella aventura.

Llegan a la casa, llaman y piden agua, y al ir por ella la joven campesina, la sigue el monarca, y el marqués queda a la puerta, de centinela indigno.

El padre parte de su escondite y se lanza hacia la casa; pero el inicuo aristócrata, que le ve llegar empuñando el arma vengadora, sin darle tiempo a repeler la agresión brutal, le descerraja un tiro, y sólo se oye en la soledad de aquel campo un débil grito que dice: "Asesino, me has matado"

El rey sale huyendo, y el misterio de este crimen queda cubierto con el mismo tupido velo que otros parecidos".

A ésta y a tantas otras conocidas anécdotas, podemos añadir nosotros las siguientes:

Poco después de acabada la guerra, llegó a Friburgo de Suiza el príncipe de Asturias, para consultar al célebre médico doctor Clément. Se hospedó en el hotel de Roma. Parecióle simpática al muchacho una empleada de dicho hotel. Propusieronle los cortesanos que con él viajaban que entrase al servicio del príncipe. Ella aceptó semejante proposición y se vino a Madrid.

Cierto día, cruzóse con Alfonso XIII en un solitario pasillo del palacio real. Quiso aprovechar el momento para la ocasión

única, y precipitándose sobre la muchacha, la besó. Entonces, recibió Alfonso XIII la más estentórea bofetada de que hablan — o mejor dicho, no hablan — los anales palatinos...

Ai año siguiente, residíamos mis padres y yo en Friburgo, y conocimos el hecho por dos conductos perfectamente fidedignos: una parienta próxima a la señorita en cuestión y un catedrático friburgués, amigo y antiguo compañero, suyo de estudios.

Gonzalo de Reparaz había tenido la desgracia de tratar con Alfonso XIII. He aquí lo que le dice en su reciente libro "Alfonso XIII y sus cómplices" (escrito antes de caer la monarquía), refiriéndose al rey y sus negocios:

"No podíamos comprendernos Vuestra Majestad y yo. Venimos de muy diferentes castas. Soy hijo de un gran artista; desciendo de gente honrada. Sobre Vuestra Majestad pesa una carga patológica aplastante y una tradición abrumadora de mercantilismo y de desvergüenza. Y a Vuestra Majestad, como a mí, como a todos, nos gobiernan nuestros muertos.

Vuestra Majestad es Borbón; y los Borbones, oriundos de la Francia Central, toman el nombre de Burbo, dios de las aguas minerales de la viaje Galia. La raza, muy apegada al dinero; las aguas, grandes productoras de él; resultado: para los Borbones, reinar fué siempre negocio; la nación, un establecimiento, cuando no un lupanar. Casi siempre, ambas cosas. El fundador de la dinastía, y único Borbón con talento que la historia recuerda, fué aquel Enrique IV que cayó a tiempo en la cuenta de que "París bien valía una misa" Negoció la conversión al catolicismo. Produjo buenos rendimientos al gran Burbo y a sus descendientes, y al cabo adquirieron esta finca de España, que a los cien años liquidaron, trasasándola a Napoleón por treinta millones de reales. ¡Cuánto más barato trabajaba Judas! Pero en aquellos tiempos de Judas aun no se habían inventado los Borbones.

Vuestra Majestad se dijo un día, irresistiblemente impelido por la vocación mercantil, heredada, de la que María Cristina y Fernando VII son ejemplos culminantes y nada remojos.

— "Tiempos son estos de democracia, comercio y industria,

La doctrina política triunfante dice que el rey reina, pero no gobierna, pero no que no fabrica, que no negocia, que no gana dinero. Después de todo, yo también soy padre de familia, y cuentan que el mío solía decir: "Destronado, pero no tronado"

Y Romanones, Benalúa, Marquet y cuantos empresarios de grandes negocios ha habido en España vinieron a ser amigos caros de Vuestra Majestad, como aquellos Raquel y Vidas a quienes el Cid, gentilmente, tiraba, tomando dinero a cuenta de arcas que debían contener oro, pero que estaban llenas de arena. Con harto dolor de su corazón, sabrá Vuestra Majestad que los Raquel y Vidas de hoy no se dejan engañar como aquellos banqueros del Cid".

Añadamos a esto la acusación que hubiese podido presentar el fiscal, si Alfonso hubiese caído en manos del pueblo, en vez de escapar:

"Queda con la dicho, la causa de Vuestra Majestad concluida para sentencia.

Los cargos probados son éstos:

Primero. Vuestra Majestad siempre, es perjuro inveterado y por vivir engañando a todos, acabará engañándose a sí mismo.

Segundo. Siendo cortas y ruines sus facultades mentales, son largos y anchos sus atrevimientos. El mayor de ellos, erigirse en rey absoluto; primero, encubiertamente; después, con arrogancia y descaro inauditos y con criminal desprecio de la ley jurada.

Tercero. Ha hecho del trono agencia de negocios, sirviéndose de su alta magistratura para acumular millones; tomó acciones liberadas de casi todas las empresas financieras; vendió el regio favor, aun contra los intereses nacionales, burlando la confianza de los ciudadanos

y haciendo de la nación una vasta finca que él y sus consocios en la explotación esquilman.

Cuarto. Sirvió a las naciones extranjeras, no a la suya, señaladamente, a Inglaterra, de la que ha sido virrey con corona, quedando incurso en el delito de alta traición, que por sí solo bastaría para condenarle a muerte.

Quinto. Por servir a Inglaterra y por servirse a sí mismo, emprendió, sin necesidad alguna, la guerra de conquista de Marruecos, haciendo que España fuese, no la tutora maternal de los bereberes, sino verdugo y destructora de ellos, fracasando así la nación en su misión histórica y quedando ya sin ninguna, a cuyo absurdo propósito, criminal y bárbaro, sacrificó las vidas de muchos miles de seres humanos, entre españoles y marroquíes, y arruinó la Hacienda española, consumiendo en esta obra destructora muchos miles de millones de pesetas de oro.

Por todo lo cual, queda Vuestra Majestad condenado a perder el trono, y podrá también perder la vida, si un tribunal con poder para imponer la eje-

cución de la sentencia llega a juzgarle.

Con menos motivo, fueron degollados Carlos I de Inglaterra y Luis XVI de Francia y muertos a tiros don Carlos y el príncipe Luis Felipe, de Portugal".

Sería inacabable la lista de las desgracias que por culpa de este degenerado lo han sucedido a España. Bástenos recordar únicamente los 60.000 cadáveres de Marruecos... ¡Aun claman justicia!

El lector habrá visto en estos artículos lo que han sido los Borbones: han quedado en ellos pintados y juzgados..

No podrán volver más. La acumulación de estigmas de degeneración hace que la familia borbónica de España esté en la agonía. Los pobres ex príncipes hijos de Alfonso XIII son sombras vivientes, sin salud y sin vitalidad. La hemofilia se encarga de disolver a la última generación de los Borbones de España, mejor dicho, de los Borbones de Francia instalados en España..

GONZALO DE REPARAZ
(hijo)

A nuestros suscriptores, anunciantes y corresponsales

UNA VEZ MAS NOS PERMITIMOS LLAMAR LA ATENCION DE NUESTROS SUSCRIPTORES, ANUNCIANTES, CORRESPONSALES Y DE CUANTAS PERSONAS NECESITEN DIRIGIRSE A NOSOTROS PARA ASUNTOS ADMINISTRATIVOS DE "LA CALLE". LO HAGAN EN ESTA FORMA: "SEÑOR GERENTE O ADMINISTRADOR DE "LA CALLE", PLAZA DE CATALUÑA, 9, 2.º, 2.º" ES LA MANERA DE QUE NO SUFRAN DEMORA EL DESPACHO DE LA CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA Y LOS ENCARGOS

la calle

Boletín de suscripción

D..... que vive en

calle de pueblo de

provincia de se suscribe por

a la calle.

Firma:

Remítase este Boletín a la Administración de "La Calle", Plaza Cataluña, 9, BARCELONA